

PAOLO COGNETTI

Sin llegar nunca a la cumbre

Viaje al Himalaya



Sin llegar nunca a la cumbre

Viaje al Himalaya

PAOLO COGNETTI

Traducción de
César Palma Hunt



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse

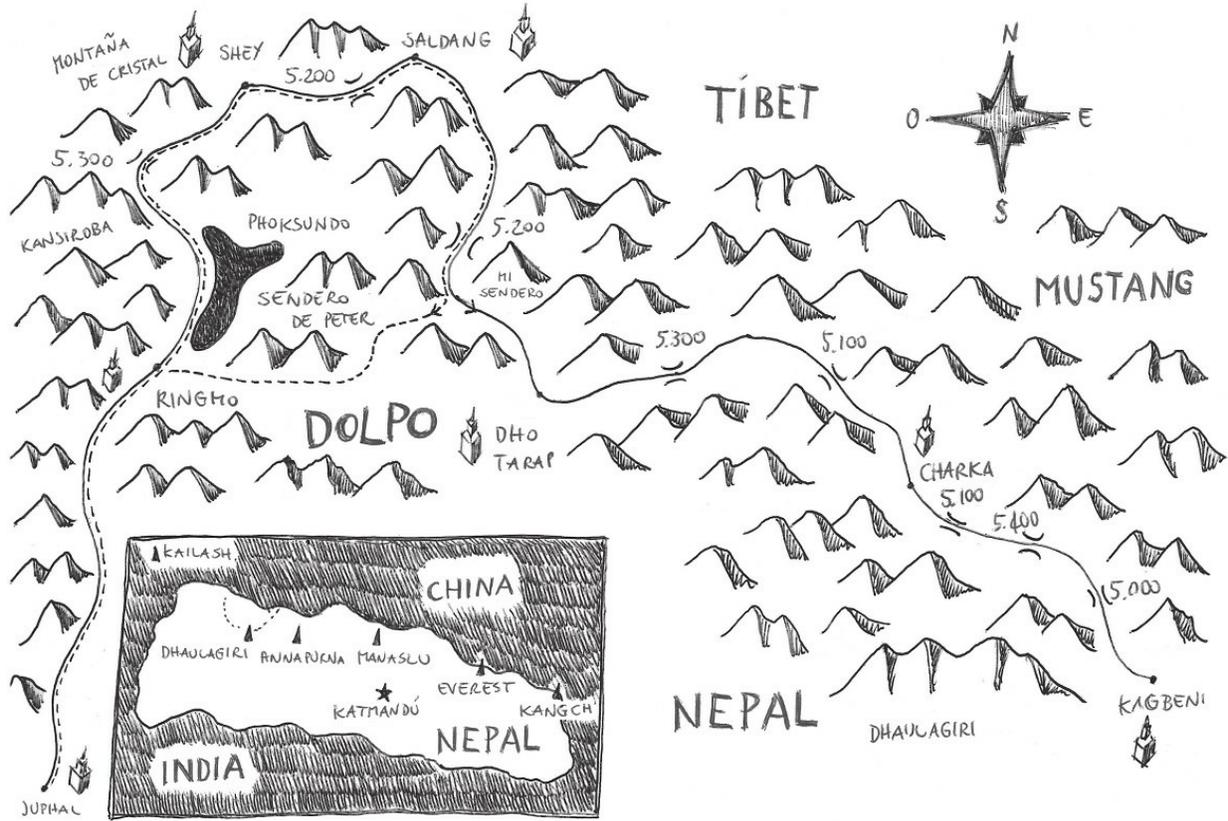


@litrandomhouse

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Quisiera ser pintor
más que artesano de las palabras,
hoy.
En la niebla se recortan,
con sus grandes abrazos musgosos,
los rododendros gigantes.

TIZIANO TERZANI, *Una idea de destino*



A finales de 2017, y de mi cuadragésimo año de vida, fui con unos amigos a la tierra de Dolpo, un altiplano en el noroeste de Nepal, donde remontaríamos desfiladeros por encima de los cinco mil metros, viajando a pie durante casi un mes a lo largo de la frontera tibetana. El Tíbet era una meta inalcanzable, y no por temas fronterizos: invadido por el ejército chino en 1950, devastado entre los años sesenta y setenta por la furia de la Revolución Cultural y, por último, implacablemente colonizado por la nueva China capitalista, aquel antiguo reino de monjes, mercaderes y pastores nómadas sencillamente ya no existía.

Existía, sin embargo, o eso me habían contado, un pequeño Tíbet en territorio nepalí, que había sobrevivido por algún olvido de la historia. También en los mapas el Dolpo tiene el aspecto de una anomalía: ahí donde el Nepal político, que normalmente se sitúa al sur de la cadena del Himalaya, sobrepasa a esta y penetra en la inmensa área geográfica del altiplano tibetano, hay una región entera por encima de los cuatro mil metros, a la que no llegan los monzones ni los caminos, la más árida y remota y la menos poblada del país. A lo mejor a esa altura, me decía, podré ver el Tíbet que ya no existe, que ninguno de nosotros podrá ver más: ese era el viaje que deseaba hacer por mis cuarenta años, un viaje apropiado para celebrar el adiós a ese otro reino perdido que es la juventud.

No era el único motivo para ir. Otro motivo importante era la caravana en la que iba a participar. El Himalaya no es una tierra en la que uno pueda adentrarse sin más: para recorrer cientos de kilómetros entre montañas deshabitadas se precisaba una expedición en toda regla, con guías, porteadores, mulas, un campamento que hay que montar cada noche y desmontar cada mañana, y compañeros de viaje.

Uno de los nueve que emprendió el viaje conmigo era Nicola, al que me unía una amistad reciente. Hacía poco que nos conocíamos, teníamos la sensación de parecernos, y nos hallábamos en la fase del conocimiento mutuo. Pero ambos creíamos que las amistades no se fraguan por sí solas: hay que afianzarlas, mimarlas, precisan de empresas memorables para el futuro. Así, un día de primavera le describí el Dolpo por teléfono y le pregunté:

—¿Vamos juntos?

—Sí —me dijo.

Era otoño y ninguno de los dos se había echado atrás.

El otro compañero era Remigio, mi mejor amigo y el más complicado de todos los que tenía en ese momento de mi vida. En los diez años de nuestra amistad nunca había conseguido sacarlo del pueblo de montaña en el que había nacido y se había criado, y al que yo me había ido a vivir. No pretendía arrancarlo de ahí, lo que quería era que compartiésemos algo diferente: un lugar en el que ambos fuésemos extranjeros, donde conociésemos la sensación de la lejanía y de la

exploración. Traté de convencerlo durante meses, empleé todas las posibles técnicas de persuasión, pero siempre tenía dudas e indecisiones. Que si le dolía una rodilla o no tenía dinero, que si su coche estaba averiado. Pero luego se presentó en el aeropuerto cuando ya me había resignado a que no apareciera.

–¿Así que vienes también? –pregunté.

–Pues sí –respondió, encogiéndose de hombros.

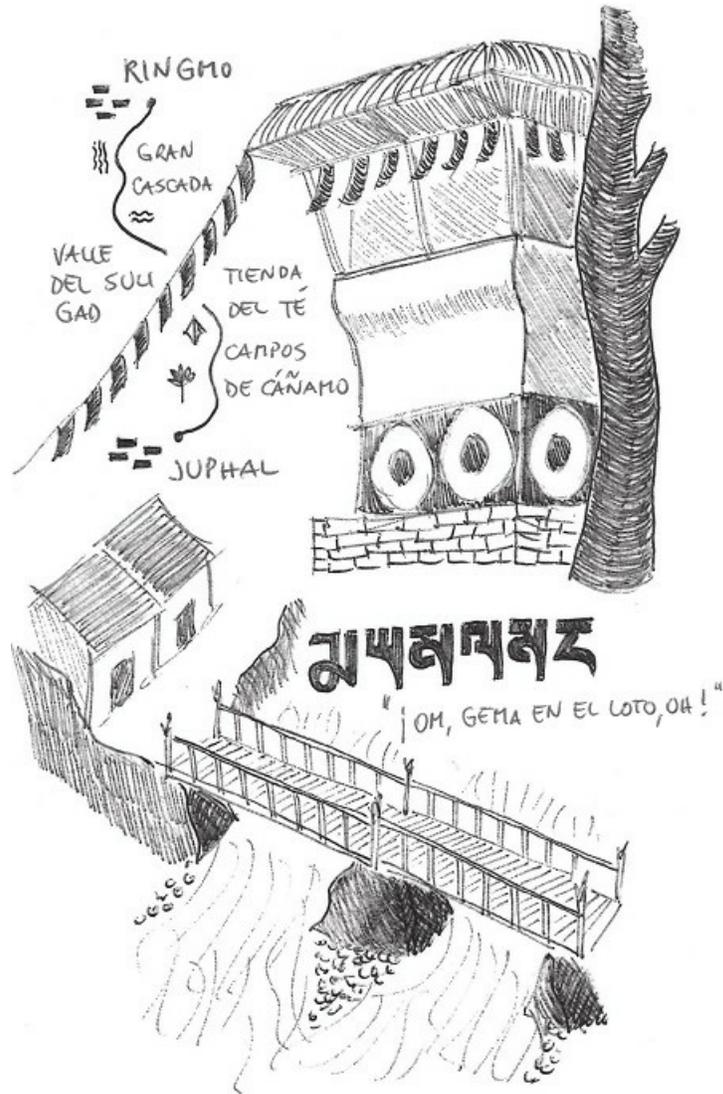
Sabía que en la montaña cada cual camina solo incluso cuando va acompañado, pero me complacía compartir mi soledad con esos compañeros.

Emprendimos el viaje a principios de octubre, cuando en los Alpes ya se esperaba la nieve, y llegamos a un Katmandú caluroso y polvoriento, recién salido de la temporada del monzón. Desde mi última visita la ciudad parecía haberse extendido aún más en su amplio valle: había más suburbios, chabolas, barrios residenciales, perros vagabundos, monos, mendigos, vacas esqueléticas en medio de la calle, niños. En la plaza Durbar todavía quedaban las ruinas de los templos hindúes y budistas que habían resultado dañados o totalmente derruidos en el terremoto de dos años antes, así como los puntales de madera que servían para mantenerlos en pie. Unos enormes carteles anunciaban que el gobierno chino se estaba encargando de su reconstrucción. ¿China? ¿Qué pintaba China en la principal plaza de Nepal?

Yo arrastraba desde casa una fiebre que aumentaba mi confusión, y cuando una mujer me convenció de que comprase leche en polvo para su niño, dejé que entre ella y su cómplice del bazar me robasen casi todas las rupias que tenía. Los carniceros exponían en los callejones piezas de una carne muy roja y cabezas de cabra sangrantes, y en los templetos de las esquinas de las calles había flores y frutas pudriéndose dejadas por los devotos. En Thamel, el barrio turístico frecuentado por grupos de occidentales que van al Everest o en busca del Katmandú de los Beatles, compramos las últimas cosas para la expedición en una de esas tiendas de material usado, anoraks, jerséis, botas amontonadas en los mostradores, las prendas que los clientes regalan a los portadores cuando los ven en alta montaña con camisas de manga corta y en chanclas, y que los portadores venden en cuanto regresan al valle. Nos movíamos entre polvo, manos, cuerpos sudados, bocinas, podredumbre que corría al borde de las calles, y sin embargo había algo en aquella ciudad que no dejaba de hechizarme.

Los mejores bares se encontraban en las terrazas de las últimas plantas de los edificios, desde donde parecía que estabas por encima de las miserias de la humanidad. Mientras hablábamos del viaje en compañía de una cerveza, siempre terminábamos mirando hacia el norte: desde Katmandú el Himalaya no se ve, el valle está rodeado de colinas y envuelto en nubes, pero nos lo podíamos imaginar y temerle. Al rato, como ocurre siempre en Nepal, la sensación de pérdida de tiempo se

convirtió en la comprensión de que hay que acostumbrarse a un ritmo diferente del tiempo. Eso es indispensable para entrar en el adecuado espíritu del viaje. Y entonces una mañana llegaron los permisos para ir al Dolpo y, por fin, pudimos partir hacia la montaña.



POR EL RÍO

De camino hacia el norte en una avioneta, con el Himalaya enfrente elevándose de las densas nubes tropicales, recordé un libro que me dio mi padre cuando tendría unos nueve años un día que estaba con fiebre. Se titulaba *Las montañas más hermosas y las más famosas escaladas*. En portada figuraba el Monte Rosa, que veía por primera vez. Ya había conocido la roca y el hielo, en verano, pero en invierno la montaña se convertía en un recuerdo lejano, así que pasé largas horas en la cama con aquel mamotreto de fotografías a color, curándome de la fiebre y de la nostalgia. Observé el perfil del Everest, del K2, del Nanga Parbat, leí sobre hombres que los habían ascendido, aprendí nombres y alturas con la obstinación de los niños, para los que memorizar es un acto mágico, que brinda la ilusión de poseer. Entonces mi sueño era ser alpinista, leía a Messner y a Bonatti como si fuesen Stevenson y Verne, y el Tíbet y Nepal eran reinos secretos, islas del tesoro.

Treinta años después aún sabía reconocer la forma del Dhaulagiri, el más occidental de los ocho mil nepalíes. Ahora el pequeño avión volaba mucho más bajo, iba a ras de los nubarrones iluminados por el sol, que dejaba al este. Otras cumbres oscuras se elevaban delante de nosotros, una cadena de unos cinco mil metros: como habíamos esperado, la niebla no pasaba de aquel muro. Luego, debajo de las hélices, empecé a ver crestas afiladas, gargantas que desaparecían en las sombras matinales, cañones hundidos por los desprendimientos de la temporada de lluvias. Observé a Remigio pegado a la ventanilla y creí saber qué buscaba: un paisaje que pudiese interpretar, una escritura conocida.

Desde que me había ido a vivir a la montaña, más que las cumbres habían empezado a interesarme los valles y, más que los alpinistas, los montañeses. Me gustaba la idea de que hubiera un único gran pueblo en las tierras altas del mundo, pero no dejaba de ser simple romanticismo: en los Alpes ya éramos ciudadanos de la inmensa megalópolis europea, o de uno de sus extrarradios boscosos. Vivíamos, trabajábamos, íbamos de un lado a otro, teníamos relaciones de ciudadanos. ¿Seguían existiendo los montañeses? ¿Había en algún lugar una montaña auténtica, libre del colonialismo de la ciudad, íntegra en su condición de montaña? Con ese espíritu había ido a Nepal unos años antes. Había recorrido las zonas más visitadas solo para descubrir que la modernidad también estaba llevando sus ventajas al Himalaya: carreteras, motores, teléfonos,

energía eléctrica, productos industriales, el bendito y deseado bienestar a cambio de una cultura antigua, pobre y abocada a la extinción, exactamente como la alpina. Tenía que buscar mejor, tenía que llegar más lejos.

El piloto cuyos movimientos espiaba viró con suavidad, siguiendo las líneas de un valle al sol. Enfiló hacia una corta pista de tierra, no más de un centenar de metros en medio de una pendiente, y luego descendió hacia ella. Aterrizó y frenó con firmeza entre las casas de Juphal, el principio del largo sendero hacia el norte: cabañas bajas de piedra, terrazas en todo el paisaje, la cosecha ya casi terminada en aquella estación. Aún estaba impregnado del sudor de una sofocante mañana tropical, y no bien bajé de la escalerilla percibí el limpio olor de la montaña. En cuanto recogí la mochila, el bimotor despegó.

Sete tenía cuarenta y siete años y era un tamang de Nepal oriental. Pómulos anchos, ojos pequeños, piel morena, ya de crío cargaba un cuévano a la espalda: después de convertirse en cocinero y porteador de alta montaña, y de haber escalado cumpliendo esa función el Everest, el Makalu, el Cho Oyu, el Dhaulagiri, el Shisha Pangma, con la edad él también había bajado al valle. Ahora trabajaba, en verano y en invierno, en los refugios del Monte Rosa, y en otoño hacía de guía para expediciones de exploración como la nuestra. Hablaba italiano, se reía mucho. Yo me preguntaba si era una alegría innata o uno de los trucos del oficio, una manera de evitar las preguntas directas. Llevaba unos días en Juphal reuniendo la caravana, compuesta por él, por su hermano, por cinco chicos encargados del campamento y la cocina, por otros cinco que se ocupaban de las bestias y el transporte, y por veinticinco mulas cargadas con todo lo que, en casi un mes de camino, íbamos a necesitar. Junto con los diez que habíamos llegado de los Alpes, sumábamos un total de cuarenta y siete, entre animales y hombres. Las tiendas, los equipos, los víveres, el queroseno para cocinar, el pienso de las mulas y los equipajes personales se cargaron en las albardas, lo único que no llevábamos era agua: encontrar cada noche un torrente y el lugar donde acampar era tarea de Sete, que nunca había estado en el Dolpo pero que confiaba poco en nuestros mapas. Prefería preguntar por el camino a los arrieros y a los campesinos con los que nos pudiéramos cruzar. En Juphal hacía calor y yo estaba tratando de saber qué debía llevar en la mochila y qué debía cargar en la mula, así que le pregunté cuándo iba a necesitar la ropa de abrigo.

—Más arriba —dijo.

—¿Qué quieres decir con «arriba»?

Me señaló distraídamente una mancha con forma de Y en el mapa que había extendido: el gran lago Phoksundo, situado entre dos valles.

—¿Y cuánto se tarda en llegar?

–Tal vez cuatro días.

–¿Tal vez?

Comprobé la altura del lago: 3.600 metros. Donde nos encontrábamos, a 2.500 metros, se cultivaba maíz. Descendiendo desde Juphal hacia la hondonada, cruzamos arrozales, terrazas con cultivos de cebada y mijo, huertos exuberantes. Las casas tenían tejados planos, de tierra batida, en los que ponen a secar heno y guindilla. Gran parte de la vida de la aldea parecía desarrollarse ahí arriba, y toda era femenina: las mujeres jóvenes batían la cebada con largos palos, las mayores la cribaban al viento que se llevaba el salvado; abajo, en una tina de piedra, una niña se lavaba el pelo con un jabón para la ropa. Calabazas amarillas y largas, unos extraños guisantes de vaina espinosa, incluso racimos de pequeños tomates llenaban aquella ladera sin árboles, donde solo el cedro del Himalaya, una conífera de aspecto africano, daba sombra entre los huertos.

Mientras miraba alrededor, pensaba en las terrazas invadidas por la broza, los muros sin argamasa derruidos, los canales de irrigación devorados por el bosque que solía ver en los Alpes; pensaba también en la época en que nuestra montaña estaba igual de cuidada, y me preguntaba cuándo le llegaría a esta el abandono. ¿Era una carretera lo que veía allí abajo? Sí, a la vera del río pasaba una pista de tierra, y justo cuando llegábamos nos adelantó una camioneta; hacía dos años, por lo que nos contaron, ahí no había más que un sendero.

Remigio y yo cruzamos una mirada cuando nos enteramos de eso. Él había nacido en una aldea a la que hasta finales de los años setenta se subía a pie; después, desde que construyeron una carretera, fue testigo de su progresivo despoblamiento. En una ocasión me dijo: Cuando llega una carretera parece siempre que lo que hace es traer algo, pero lo cierto es que lo que hace es *llevarse* algo. Observaba a dos obreros que con pico y pala arreglaban la calzada. Estaba rememorando, creo, una escena de su infancia.

La caravana levantaba polvo y la frescura del río de abajo empezó a ser un reclamo para mí: cuando Sete decidió dónde instalar el campamento, fui el primero en descalzarme e introducir los pies en el agua tumultuosa del Bheri Khola. Estaba turbia de hielo, de color gris metálico.

–¿De dónde viene esa agua? –pregunté.

–De la montaña.

–¿De qué montaña? ¿El Dhaulagiri?

–Tal vez.

Sete decía «tal vez» en lugar de «quizá», y eso daba a sus respuestas un extraño tono oracular. De dondequiera que llegase el agua, había estudiado los mapas y sabía a qué punto iba a parar: al río Karnali, que nace en el Tíbet, y después de setecientos kilómetros desemboca en el Ganges. Sentado en una roca, entre mosquitos y helechos, me dije que tenía los pies en remojo en el agua del río sagrado.

–Tú has estado arriba, ¿verdad?

–¿Dónde?

–En el Dhaulagiri.

–Sí, así es.

–¿Y cómo era, lo recuerdas?

–Largo –dijo Sete.

Luego se fue a la tienda cocina para dirigir los preparativos de la cena.

Me tumbé al sol para secarme y saqué del macuto el libro que había llevado. Era *El leopardo de las nieves*, de Peter Matthiessen, publicado en 1978 y aún en los mostradores de todas las librerías de Katmandú, desde donde los ejemplares de bolsillo arrugados pasaban a las mochilas de los nuevos caminantes. Aquel libro también tenía algo que ver con mi viaje, es más, en parte lo había inspirado, ya que iba a recorrer un buen tramo del camino que en él se describe. Coincidencia o no, el *Leopardo* y yo éramos coetáneos; ahora lo empezaba a leer por segunda vez.

Por lo que había averiguado de él, Peter me caía muy bien: nacido en 1927 en Nueva York, en los años cincuenta formó parte de la segunda generación de expatriados norteamericanos en París, émulos con menos fortuna de Hemingway y Fitzgerald. También tenía una esposa joven, un apartamento en la *rive gauche*, cuadernos que rellenar. Aunque en Francia no produjo nada memorable, formó parte del grupo de una histórica revista literaria, la *Paris Review*, antes de regresar a Estados Unidos para dedicarse a sus dos pasiones: los estudios de la naturaleza y la exploración de la psique. Incapaz de soportar la vida doméstica, pronto se divorció y empezó a viajar. En los años sesenta se hizo ecologista, recorrió Latinoamérica y el sudeste asiático a lo largo y ancho, se aproximó a las culturas de los nativos y, siguiendo ese camino, experimentó con el peyote, la ayahuasca, la mescalina, y luego, durante más tiempo, con el LSD, de cuyas experiencias escribía pormenorizadas crónicas. Por último, como otros, cayó en la heroína. Los años setenta, con sus promesas frustradas, lo decepcionaron, o quizá él mismo fue la causa de su decepción: ya era un hombre de mediana edad y comprendía que era poco lo que había hecho. Se hartó de los alucinógenos, se interesó por la práctica budista. Siguió escribiendo, sin grandes resultados.

Era, a su manera de ver, una evolución de la búsqueda. Luego su segunda esposa, con la que desde hacía unos años rompía y se reconciliaba, tuvo un tumor cerebral y en poco tiempo murió. Peter se quedó viudo y con un niño pequeño, perdido en muchos sentidos: providencialmente le llegó la invitación de un amigo zoólogo que se iba a Nepal para estudiar la conducta de los barales, las cabras azules del Himalaya. La meta de la expedición era Shey Gompa, el «monasterio de cristal», en el corazón del Dolpo, donde la caza había sido prohibida por el lama local y aquellos animales proliferaban. Con un poco de suerte podría ser avistado también su

principal depredador, el leopardo de las nieves, «el más huidizo de los grandes felinos», jamás observado por nadie o por casi nadie. ¿No era una buena manera de empezar de nuevo, o al menos una perfecta escapatoria? Peter dejó a su hijo con una pareja de amigos y emprendió el viaje. «Este es un verdadero peregrinaje, un itinerario del corazón», escribió, hacia «el último refugio en el mundo de incontaminada cultura tibetana». Con estas líneas y con un mapa dibujado a mano comenzaba el diario que le daría fama. Como me había ocurrido otras veces, di con el libro demasiado tarde para conocer al autor: Peter murió en 2014, con casi noventa años, un anciano alto y flaco con la cara arrugada y los ojos muy claros. Los observaba en una foto en blanco y negro que usaba como marcapáginas y me parecían tan limpios, unos ojos sin sombras ni secretos.

También a mí me gustaba dibujar mapas. Escribiría un diario como el suyo, lo haría en los momentos de descanso, en un cuaderno negro que había llevado, resistente pero lo bastante blando como para guardarlo enrollado en el bolsillo. Lo estrené esa noche. Mientras terminaba de redactar las anotaciones del día, me llamaron para cenar: primera comida de arroz y lentejas en la tienda comedor, primera noche en la pequeña canadiense. Entré con el libro, el bolígrafo y el cuaderno, oyendo el fragor del agua que caía cerca de mi cabeza.

Nicola estaba echado a mi lado en su saco de dormir, una intimidad a la que me acostumbraría rápido. Por otra parte, él y yo descubríamos continuos y sorprendentes parecidos: no solo habíamos nacido con pocas horas de diferencia, sino que también nuestros padres coincidían en lo mismo. Nos habíamos criado en Milán (él un poco en las afueras), habíamos estado cierto tiempo en Nueva York (él en Harlem y yo en Brooklyn), nos habíamos retirado a vivir a una alzada de montaña (él a Valtellina, yo al valle de Aosta), y no nos habíamos vuelto a ver hasta el año pasado, cuando nos reconocimos enseguida. Habíamos tenido vidas paralelas y una conversación entre nosotros podía sonar así:

—¿Te acuerdas de aquel otoño, de la noche de las elecciones de Obama?

—Claro, estaba en el Lower East Side escuchando un concierto, el trompetista negro tocaba y lloraba.

—En Harlem las mujeres abrazaban a la gente por la calle, era como estar viviendo una revolución.

—Pero después las cosas no cambiaron mucho, ¿verdad?

—Pero fue bonito estar ahí.

En el fondo, pensaba, éramos los Matthiessen de nuestro tiempo. Había ilusión y desengaño en su París como en nuestro Nueva York. Yo escribí cuentos de marineros sentados en un muelle de Brooklyn, Nicola empezó a pintar a gente andando por las calles de Harlem vistas desde una

ventana. Más tarde pintó a los montañeses, más encorvados, siempre de espaldas, mientras regresaban de los campos con los aperos a la espalda.

–¿Tienes sueño?

–Ni pizca.

–Tengo la sensación de estar de nuevo en la alzada, cuando las noches no acaban nunca.

–Ya, pero en la alzada tengo aguardiente.

–Y yo whisky.

–Léeme algo, ¿te apetece?

Éramos un pintor y un escritor, y como resultaba que él era zurdo y yo diestro, nos repartíamos así los lados de la tienda, de manera que la mano buena pudiese coger lo que necesitaba. En mi caso, el libro que le leía en voz alta al tercer cuarentón de la caravana.

–Escucha: «Me pregunto si hay en el mundo un río más hermoso que el alto Suli Gad al amanecer. Visto a través de la bruma, un espíritu de monumental piedra gris se desprende de la capa de agua transparente, mientras más arriba la cinta de una pequeña cascada apresada el viento y se pulveriza, antes de tocar tierra».

Después de unas pocas líneas Nicola ya no me estaba escuchando. A menudo la prosa lisérgica de Peter lo dormía enseguida, entonces le deseaba buenas noches y seguía leyendo en soledad.

Peter había empleado una palabra bien concreta para definir su viaje. «*Gnaskor*, esto es, vagabundeo: así se definen las peregrinaciones en el Tíbet.» Una peregrinación es en todas las culturas un camino de purificación, pero en el deambular sin rumbo, en el vagar de un lado a otro, no hay punto de llegada, cosa que es fundamental en las peregrinaciones tal y como las entendemos nosotros. Jerusalén, Roma, La Meca: ¿cómo se sabe cuándo se ha alcanzado la pureza sin una meta? Encontraba un vínculo entre esta necesidad de ciudades santas al final del camino y la obsesión alpinista por las cumbres de las montañas: desde niño había oído usar las cimas como metáforas del paraíso, y la palabra «ascenso» en sentido espiritual. En cambio, recordé que la más importante peregrinación tibetana consiste en dar una vuelta alrededor del monte Kailash, que para esa cultura es sagrado. *Kora* en tibetano, «girar» para nosotros: los cristianos plantan cruces en las cumbres de las montañas, los budistas trazan círculos en sus bases. Encontraba violento el primer gesto, amable el segundo; un afán de conquista frente a uno de comprensión.

Mi peregrinación empezó en un puente colgante, cables de acero tendidos de una orilla a otra del río, que llevaba a la garganta del Suli Gad, dejando la última carretera atrás. Durante muchos días no volveríamos a ver ninguna clase de vehículo. Subimos a un valle angosto y árido, con un

torrente espumoso debajo de nosotros y quebrantahuesos de cola romboidal que daban vueltas sobre nuestras cabezas o nos observaban posados en las rocas de los desfiladeros. Reapareció la vegetación, caminábamos entre plantas altas que tardé un poco en reconocer por la hoja. También el aroma era conocido, ¿no era increíble? Había cáñamo en toda la zona y las plantas eran enormes, tupidas, exuberantes, estaban cerca de los establos de invierno en los que no había nada, en la tierra abonada con el estiércol de los animales. Vi que las mulas se lo comían encantadas. Arranqué un brote y lo ensarté en el bolsillo como una flor en el ojal, pensando en Peter y en el lema hippie que había visto en alguna camiseta en Katmandú:

NEVER
END
PEACE
AND
LOVE

–¿Has visto eso? –dijo Remigio–. Están segando.

Me señaló la otra vertiente de la garganta, donde unas mujeres segaban agachadas en el suelo, con pequeñas y finas hoces. Él y yo también habíamos pasado muchas horas en los campos, entre segadoras, tractores, empacadoras, remolques inestables cargados de heno en los que yo me sentaba mientras él conducía. Por eso la técnica nepalí nos interesaba: aquí se lo llevaban en los cuévanos, por un sendero que cruzaba la pendiente y desaparecía tras una cresta. Ahí debe de haber una aldea, nos decíamos, y nos hubiese gustado saber cómo era. Seguíamos sin ver hombres, sino solo chiquillos muy pequeños, apenas unos niños: habían formado una cadena humana y se pasaban un bidón de agua que el primero había llenado en el torrente, y el último repartía entre las madres.

La sombra del bosque nos acogió como una bendición. El heno se secaba colgado de ramas de cedros y pinos, en largas trenzas semejantes a lianas. En una pared de roca vi pintado el mantra *Om Mani Padme Hum*, seis símbolos que había aprendido a reconocer y un sonido que de vez en cuando oía canturrear. «¡Om, gema en el loto, oh!», versos misteriosos con mil interpretaciones, que aluden a lo invisible oculto dentro de lo que se ve. Fuera está el loto, la forma, lo transitorio; dentro, la gema: la sustancia preciosa, lo persistente. ¿Qué se ocultaba en el interior de las trenzas de heno? ¿Qué en el vuelo de los quebrantahuesos, qué en un peral silvestre en pleno bosque? Arranqué una fruta dura y ácida, la mordisqueé pero no pude con ella, entonces la escupí y me sentí obligado a pedirle perdón al árbol.

Por la tarde, liberadas de las albardas, y quizá aún bajo el efecto del cáñamo, las mulas se revolcaron felices en el suelo, se restregaron panza arriba sin el estorbo de la carga. Observé a

los portadores y a los arrieros: eran muchachos de veinte años con vaqueros raídos y deportivas de suelas muy finas; por debajo de los cuévanos asomaban unos ojos curiosos y unos conatos de peinado a la moda. Montaron el campamento cerca de una casucha con una mesa fuera, dos bancos, un montón de botellas vacías y un secadero; intuí que toda aquella marihuana era un buen consuelo para los habitantes del valle; yo prefería la cerveza, y entré para ver si tenían. En la casa que parecía una tienda, o a lo mejor era ambas cosas, una mujer me preguntó en un mal inglés adónde nos dirigíamos.

–Phoksundo –respondí, señalando la ventana–. Shey Gompa. La Montaña de Cristal.

–Está lejos –dijo ella, tendiéndome una botella de cerveza que tenía una marca en relieve sobre el vidrio y otra diferente impresa sobre la etiqueta. Una Heineken que a saber cómo se había convertido en una Everest.

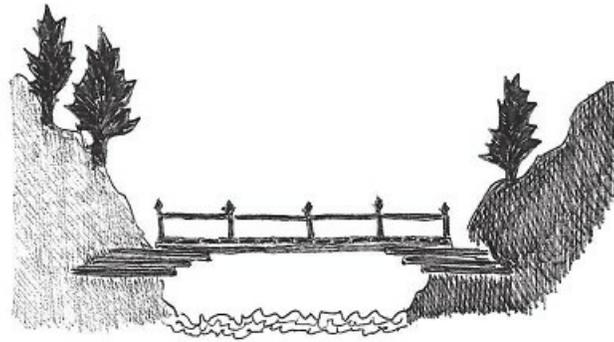
La mujer evitó hacer las preguntas que venían después, es decir, qué necesidad teníamos los occidentales de ir hasta su tierra a pasarlo mal, a dormir en el suelo, a helarnos y a llenarnos de polvo sin más motivo aparente que el de alejarnos de nuestras camas calientes y de nuestros veloces automóviles, pero se le leían en la cara. Si hubiese tenido las palabras para formularlas, ¿habría sido capaz de responderle?

Al ocaso, mientras bebía mi Everest junto al torrente, descubrí que Peter había tenido un encuentro semejante al mío. Solo que a él las preguntas sí se las habían hecho: «Me encogí de hombros, un poco cortado. Decir que estaba interesado en las cabras azules o en el leopardo de las nieves, o incluso en los perdidos monasterios de los lamas, equivalía a no responder, pese a que todo eso era cierto; decir que estaba haciendo una peregrinación me parecía fútil y vago, aunque también eso era cierto. De manera que reconocí que no lo sabía. ¿Cómo habría podido decir que esperaba penetrar en los secretos de la montaña, a la búsqueda de algo que aún ignoraba?».

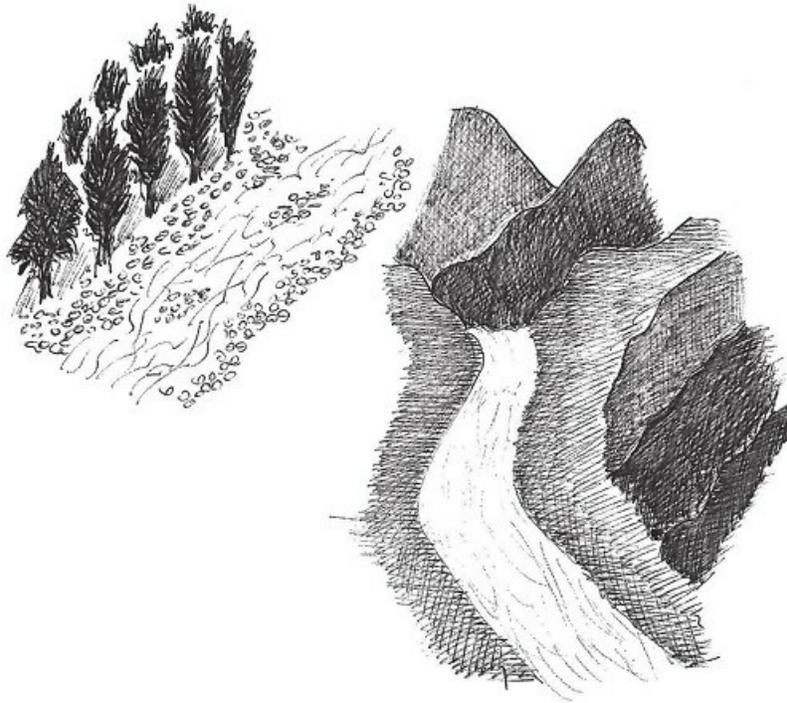
Dejé el libro y observé el Suli Gad. Cuando se ponía el sol, junto con el agua bajaba también por el valle un olor a musgo. Incluso aunque uno no sepa qué busca, me dije, un torrente es el mejor camino que puede seguir: siempre señala la dirección, remonta hacia su misma fuente y cuando más límpido se ve se tiene la sensación de ir hacia su pureza y la propia. Me imaginé el gran lago Phoksundo reflejando los glaciares en los que nacía. Introduje la mano en el agua gélida y me pareció una promesa de aquella nieve.

Tenía razón aquel viejo hippie, yo tampoco había visto jamás nada semejante al valle del Suli. Caminaba solo, de vez en cuando me cruzaba con un compañero, me perdía en la contemplación del agua. A lo largo del río, las formas me impactaban con tanta intensidad que cada dos por tres me sentaba a dibujar: cedros del Himalaya, pinos que parecían variedades de cembros, abedules

de hojas descoloridas. Un puentecillo hecho de troncos clavados en las orillas que colgaban sobre el vacío, los barrotos del pasamanos labrados por un hábil carpintero. Un cúmulo de piedras *mani*, rocas de río en las que estaba grabado el mantra que protegía una aldea (Sete nos aconsejó que bordeáramos siempre por la izquierda las construcciones religiosas como aquella, respetando el sentido horario que para el budismo gobierna el mundo). Mazorcas de maíz en el tejado de una casa y una mujer removiendo la cebada fermentada en una olla: estaría haciendo *chang*, una especie de cerveza turbia, o bien *rakshi*, el basto destilado con el que se emborrachan los nepalíes. Y charcas, rápidos, orillas de grava blanca, islotes de helechos, meandros arenosos. Dos mujeres a lomos de mulas me adelantaron mientras dibujaba. Me pareció oírlas reír, o puede que fuera una broma del agua, la alegría de una pequeña cascada. Peter: «Miro a mi alrededor... ¿quién ha hablado? ¿Y quién escucha? ¿Quién es ese omnipresente yo que no soy yo? La voz de un pájaro solitario hace la misma pregunta. Aquí, en los secretos de la montaña, en el rugido del río, me toco la piel para comprobar que soy real; digo mi nombre en voz alta y no respondo».



VISTAS DEL SOLI GAD



Tras remontar el torrente me encontré una tienda de planta cuadrada, de gruesa tela verde militar, con un par de ventanucos y un agujero arriba, por donde asomaba un tubo de chimenea ennegrecido. Remigio me esperaba allí. Fuera de la tienda, un chico partía astillas de un tronco de cedro, un caballo atado a un árbol espantaba moscas con la cola, un niño con la cara tiznada nos observaba.

–Ese soy yo a los siete años –me dijo Remigio.

–¿Qué hacías a los siete años?

–En verano iba a los prados alpinos con mi madre. Teníamos un establo y un cuarto común

donde comíamos y dormíamos. Por el sendero, en los años setenta, pasaban los primeros turistas. Ellos tenían curiosidad pero a mí me daba vergüenza, porque siempre estaba sucio y por la vida que llevábamos.

El niño no sabía que tenía delante a su futuro yo: Remigio le sonrió y el niño se fue corriendo. Por mi parte, empecé a comprender que todos esos montañeses eran mitad pastores y mitad mercaderes, así que me asomé al interior de la tienda para preguntar si podían darme un té. Acerté: una chica nos invitó a sentarnos en unos cojines alrededor de la estufa, en la oscuridad cálida y humeante, y puso el hervidor al fuego; mientras esperábamos, vi encima de mi cabeza tiras de carne colgadas secándose en una cuerda. Por el olor deduje que podían ser de cabra. Cacharros de cocina, frascos, bolsas de arroz, trapos y barreños, tazas, llenaban la mitad del suelo de la tienda.

—Todo en el suelo, igual que en la cocina de mi madre —confirmó Remigio.

Puse a prueba mi pobrísimo nepalí con la chica, tal vez hermana del niño, aunque era más probable que fuese su madre. Tendría veinte años. *Tato pani*: agua caliente. *Mito tsa*: ¡rico! *Didi*: chica. *Ramro didi*: chica bonita. Sonrió y me sirvió otra taza de su té negro con leche en polvo y humo de enebro.

La primera nieve apareció al atardecer al fondo de un valle lateral: una cumbre del Kanjiroba, cadena que roza los siete mil metros, resplandecía sobre las laderas oscuras cuando ya no nos llegaba el sol. Me recordó que bosques, torrentes y valles eran solo el preludio de lo que nos esperaba, y eso me cambió el humor. No me sentí aliviado hasta que me encontré de nuevo con mis compañeros, pues me había rezagado para escribir y dibujar. Nuestra fila de pequeñas canadienses ya estaba plantada en los alrededores de una aldea, las mulas pastaban y de la cocina brotaba el aroma de la sopa. Me senté a una mesa con los demás, y mientras ellos charlaban, repasé el mapa: estábamos en Sanduwa, a 2.960 metros.

—¿Todo bien? —me preguntó Nicola, tendiéndome una botella.

Había conseguido otra cerveza, pura Everest bien fresquita.

—Sí, sí —mentí.

—Mañana subimos, ¿no?

—Es una pena dejar el río.

—Pues sí, era un buen río.

Brindamos por el Suli Gad entrechocando las botellas. Nicola había percibido que algo iba mal, pero no me apetecía explicárselo. Además, tenía todo el tiempo del mundo para darse cuenta solo.

Nunca habría podido ser alpinista. De niño descubrí pronto que no soportaba la altura, mi estómago era un altímetro inclemente: empezaba a revolverse a partir de los tres mil metros y me atormentaba hasta la cumbre de los cuatro mil, adonde llegaba ofuscado, muchas veces vomitando, así que de aquellas montañas me perdía toda la belleza y solo me quedaba una sensación de sufrida conquista. Estuve volviendo durante años con la esperanza de no marearme, pero siempre me mareaba, así que lo que hice a cambio fue aceptar el mareo. Sabía cuándo iba a empezar, descubrí que si bajaba unos metros se me pasaba. Se convirtió en mi forma de ir a la montaña, con la mente insistiendo, espoleando, convenciendo, el cuerpo obedeciendo a duras penas y rogando que bajase, hasta que un día me harté de aquella lucha, me pareció absurdo seguir peleando. El alpinismo podía quedar como un sueño de infancia. Si el glaciar me rechazaba, siempre habría prados y bosques que me recibirían encantados. Hacía ya más de veinte años que no subía a más de tres mil metros.

Hasta que después de Sanduwa el valle se bifurcó, al nordeste quedaba la aldea de Murwa y las últimas terrazas cultivadas, al noroeste, un cañón profundo por donde transcurría el Suli. Dejé que los demás se adelantaran y me quedé solo. Enfrente de mí, pasado el cañón, había unos enormes pináculos de tierra roja coronados por rocas que parecían en vilo, y entre uno y otro estaban los surcos creados por la erosión; brotaba agua en varios puntos de la tierra desnuda, como si resurgiera tras un derrubio. Un derrubio que seguramente había sido real, el gran derrubio primitivo del que nacería el Phoksundo: donde el valle se estrechaba el sendero se volvía escarpado, lo que empezó a ocurrir después de dejar la orilla del torrente. Alrededor, en el bosque que me había protegido hasta allí, ahora no había sino cedros enanos, zarzas, escaramujos, enebros grises por el polvo.

En aquella pendiente mi viejo altímetro volvió a funcionar: 3.300, 3.400, 3.500 metros. Los pulmones notaron que el aire se empobrecía, el corazón alarmado empezó a latir muy rápido, el estómago se contrajo. Aflojé el paso. Si sufro a 3.500 metros, me dije, ¿cómo voy a cruzar los desfiladeros a 5.000? Procuré no pensar en el futuro, en los otros mil y dos mil metros de desnivel, y concentrarme en mis pies, mis piernas y mis pulmones, para que mi respiración no fuera jadeante sino profunda y acompasada. Para dominar el estómago era imprescindible que me impusiera calma: la calma era la clave, justo lo contrario del miedo. Enfrascado en mi trabajo interior, casi no me di cuenta del punto en que, fuera de mí, terminaba el cañón y surgía la majestuosa cascada del Suli Gad: el agua estallaba a mitad de la pendiente y caía con su espuma blanca, luego seguía risueña hacia el lejano Ganges. Me habría gustado llevarme un poco de su ligereza, que me infundiera su fuerza para los días venideros.

Por último, pasado el derrubio, el sendero entró en una cuenca y se suavizó. Alrededor se apagó el rumor del agua y reapareció la sombra de los pinos. Vi nuevas montañas en el horizonte, cubiertas de glaciares, y pastos aún verdes a sus pies; por los pastos deambulaban manchas negras

aisladas, los primeros yaks del viaje. Como vivo todo el verano en los pastos alpinos, los animales pastando hicieron que me sintiera en casa. No solamente por ellos, sino también por el tenue verdor de la hierba, por el verde apagado de los bosques de cembro y por la levedad de las cumbres. Dos grandes chorten rojos y blancos, semejantes a pagodas de tres plantas, hacían de entrada a aquel mundo; cuando pasaba junto a ellos me crucé con una chica que iba corriendo. Yo lento, pesado, concentrado en cada uno de mis pasos, ella tan ligera que el viento la despeinaba. Tenía el pelo negro, brillante, vestía una túnica rojo púrpura y un cinturón bordado de lana.

–*Namasté!* –la saludé.

–*Tashi delek!* –respondió.

Yo en nepalí, ella en tibetano. Por el idioma, la ropa, aquellos pies alados y rasgos mongoles, ya habíamos cruzado la frontera. Los dos *chorten* estaban en un promontorio, y cuando crucé al otro lado vi, algo más abajo, las casas de una aldea, y, un poco más allá, al fondo de la cuenca, el azul del lago Phoksundo. No el turquesa sobre el que había leído, sino el petróleo de mi humor, o solamente sería que el cielo se estaba nublando.

Sete nos encontró una cama hacia el mediodía. Después de pasar unas noches en la tienda, y como no sabíamos cuántas íbamos a estar durmiendo con la tierra del Dolpo bajo la espalda, no estaba mal poder hacerlo en blando y descansar bien. Así pues, dediqué la tarde a despejar la mente y a pasear por la aldea: pero luego comprobé que Ringmo era más que una aldea, era un auténtico pueblo del que salían las caravanas hacia el norte. Había yaks, tiendas y mercancías por todas partes, así como banderas de oración. Observé las casas cuadradas y planas, los muros de piedra, los ventanucos pintados de azul, los rimeros de leña y las gavillas de heno en los tejados. Un lenguaje que reconocía: también en los Alpes el azul de las ventanas espanta a las moscas, o al menos es lo que se cree, y con la llegada del invierno el heno y la leña son el oro de los montañeses. En un patio, unos carpinteros alisaban troncos de pino con cepillos primitivos, los escuadraban para hacer vigas de construcción. Una mujer sentada debajo de un cobertizo hilaba lana de oveja con gestos automáticos: el huso en la mano derecha giraba, la mano izquierda devanaba la lana, las manos se movían sin necesidad de mirar; a semejanza de las del monje que desgranaba su rosario en la *puja*, la ceremonia de bendición de una nueva casa. En el pueblo se estaban construyendo tres. El dueño de una tienda me dijo que no eran casas sino hoteles, y aunque la noticia me inquietaba los encontré bonitos, todos de madera y piedra, con vigas y mesas hechas a mano. Nuevos hoteles surgían en los bosques y en las rocas, viejos chorten que se estaban desmoronando volvían a la montaña. También las escaleras que llevaban a los tejados estaban horadadas en troncos, como piraguas. Remigio y yo las fuimos a estudiar con la intención de construir una a nuestro regreso. Soplaban viento y en cada tejado ondeaban banderas rasgadas.

–¿Tú notas la altura? –le pregunté, mientras medíamos la escalera por cuartas.

–Creo que sí. Me duele un poco la cabeza –dijo.

Aunque había nacido a 1.800 metros de altura, era la primera vez en su vida que subía tanto.

–Acuérdate de beber mucho. Agua, té, sopa, bebe aunque no tengas sed.

–Vale.

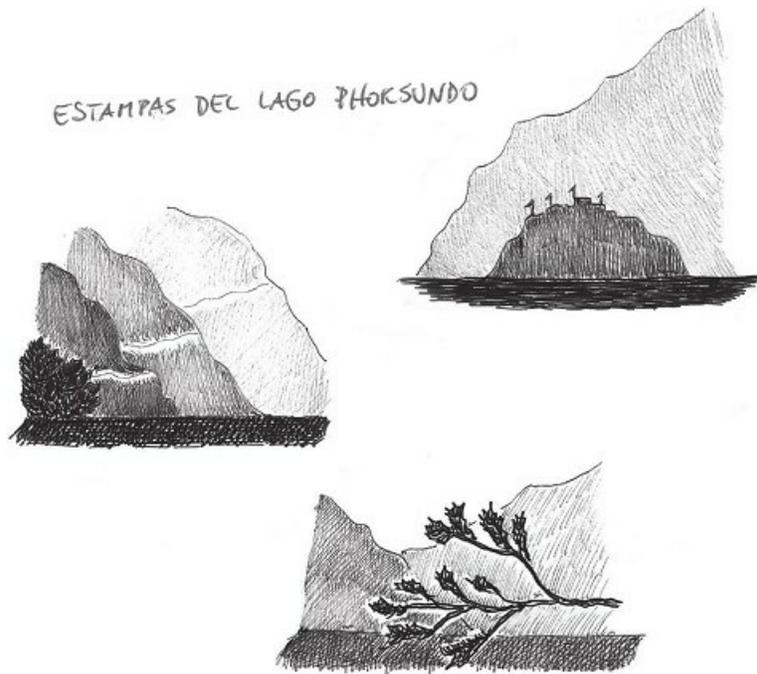
Quería ir a ver el lago y aplacé un poco más la necesidad de tumbarme al calor para dormir. Al cruzar un puente colgante reconocí una roca descrita por Peter, con el *Om Mani Padme Hum* pintado en el centro del torrente. Me impresionaba que después de cuarenta años siguiese ahí, pero puede que el monasterio derruido de la orilla tuviese cuatrocientos. Un pastor de yaks que dormitaba entre los matojos abrió un ojo mientras yo bajaba hacia el agua. Un par de ojos de Buda sinuosos, sensuales, pintados en la pared de un chorten, también me estaban observando desde los árboles. ¿Quién de nosotros miraba, quién era mirado?

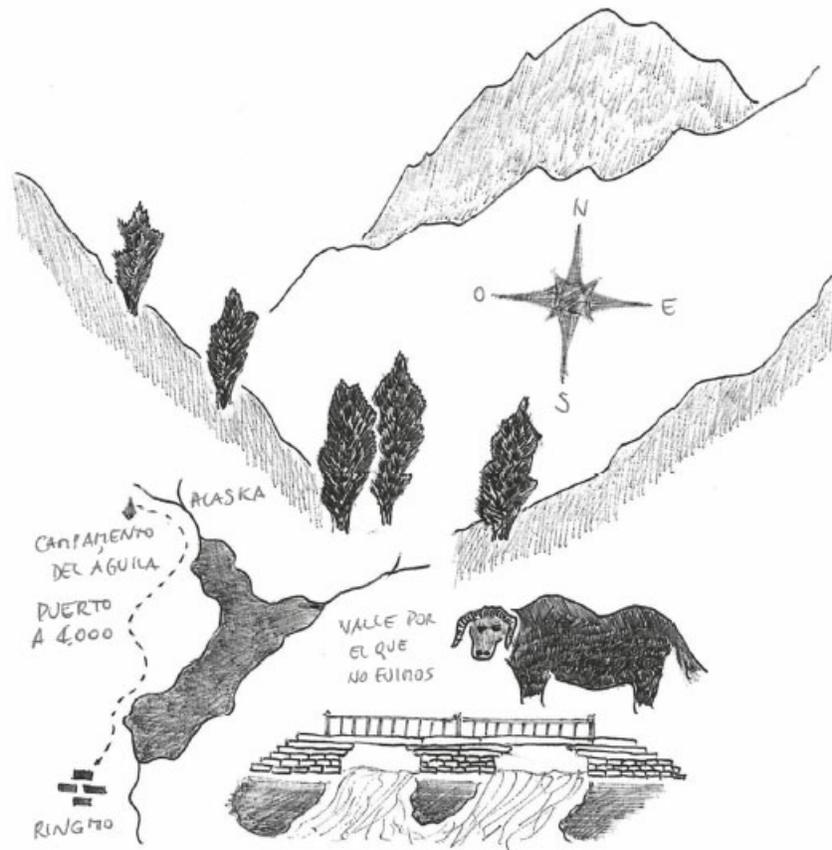
Me senté debajo de un enebro repleto de bayas maduras y recogí unas cuantas sin motivo, me las guardé en el bolsillo pensando que tarde o temprano encontraría la justificación de ese acto. Desde donde estaba, el Phoksundo parecía no tener fin, se prolongaba y al fondo se bifurcaba entre altísimas paredes rocosas. Según Peter, que había recopilado las leyendas locales cuando había estado allí, en el lago nunca había vivido ningún pez ni ninguna embarcación lo había recorrido jamás, lo que a mis ojos lo hacía aún más tétrico: desde siempre, tanto como me alegra el agua vertiginosa de los torrentes, me inquieta el agua inmóvil de los lagos de montaña. Traté de llevarme bien con ella haciendo esbozos en mi libreta. El trazo era inseguro, la mano temblaba, no podía hacer nada si no sabía dibujar la rama de un pino enorme que rozaba el suelo, las rocas que brotaban como archipiélagos, el monasterio en ruinas. Se me ocurrió una idea: si el lago lo refleja todo, también está hecho de lo que se refleja en él, como yo en ese momento. Es la única línea horizontal y recta donde todo es oblicuo, curvo, quebrado, irregular: a lo mejor eso era lo que me inquietaba. O quizá eran pensamientos distorsionados por la náusea que me había invadido.

Por Peter sabía que, según los tibetanos, la montaña está habitada por espíritus, no malignos pero severos con el hombre, y yo debía haber encontrado el mío. «Los obstáculos durante un viaje difícil son obra de demonios que están deseosos de poner a prueba la sinceridad de los peregrinos y de eliminar de entre ellos a los pusilánimes.» Sabía también que ese demonio iba a acompañarme durante el resto de la expedición, y estaba dispuesto a demostrarle mi sinceridad.

Era extraño estar a 3.600 metros y sentirse en el punto de partida, pero el valle por el que habíamos ascendido durante días estaba de repente olvidado, desde donde me encontraba los ojos no podían mirar sino hacia arriba. De oeste a este, por encima de la cuenca había una cadena de glaciares. Tenía la sensación de haber llegado a la entrada de otro mundo: busqué con los ojos la manera de bordear el lago y encontré un sendero que atravesaba la roca que ascendía por la vertiente occidental, seguía por un promontorio y luego descendía, pensé, a otro lugar que no

podía ver, hacia Shey Gompa y la Montaña de Cristal. Allí donde solamente llegaba la imaginación estaba el camino del mañana.





BAJO LA MONTAÑA SAGRADA

La mañana en la que dejamos el lago, la caravana se puso en marcha con más solemnidad. El cocinero preparó huevos, chapati, un último café, los porteadores guardaron los cacharros y los platos en los cuévanos y embalaron las provisiones en sacos de yute, los arrieros fijaron a las albardas los bidones de queroseno. Comprobaron los nudos dos veces, pues perder ese día la carga habría supuesto tirarla al fondo del lago. Las mulas resoplaron y se encabritaron, luego, resignadas, se pusieron en fila detrás de la que, con una máscara y una borla dorada, las dirigía.

Por la noche el viento se calmó. Ahora en la cuenca corría un aire húmedo que no prometía nada bueno. Según subíamos el promontorio encontrábamos paredes verticales y cornisas por las que Peter había pasado a gatas o muy pegado a la montaña. Yo nunca había sufrido de vértigo, al revés, me gustaba asomarme y mirar hacia abajo: en distintos puntos del sendero había muretes de piedra y pequeños puentes hechos con troncos, y nuestras mulas, mirando hacia abajo, cada una con el hocico pegado a la que la precedía, formaban una larga fila en el lado rocoso de la montaña. Ascendimos hasta los cuatro mil metros y todavía se podría haber dado un salto de trescientos metros y zambullirse en el lago; desde arriba vi bien cómo era Phoksundo, más que la piedra preciosa de las leyendas, un obstáculo de agua que la civilización no había superado. Al sur, las casas, los establos, los campos y los pastos de Ringmo; al norte, dos brazos de lago que daban a valles glaciares deshabitados, surcados por ríos zigzagueantes, cubiertos de vegetación.

Descendimos al brazo noroccidental por un bosque de abedules torcidos y ya amarillentos. Nicola dijo que las cortezas peladas de los abedules, sus retazos que mecía la brisa, le recordaban las banderas de oración, era como si también los árboles mostrasen señales de devoción. Unas rocas descargadas por los derrubios estaban hincadas en la base de los troncos, los habían marcado y herido: las rocas, las cicatrices oscuras y las cortezas blanquecinas daban al bosque un aspecto espectral, que a mí me parecía influencia del lago, tanto como el cielo lúgubre de esa mañana.

De nuevo en la orilla encontramos restos de hogueras y basura chamuscada. Leña lavada por el agua y arrastrada por la corriente, latas vacías, plásticos, suelas de zapatos. Contra una pared de roca, un poco más arriba, había refugios de piedra parecidos a los de las cabras, y también allí la piedra estaba negra de hollín.

–¿Quién ha acampado aquí? –le pregunté a Sete.

–Tibetanos –respondió.

–¿Tibetanos del Tíbet o tibetanos del Dolpo?

Se encogió de hombros. Para él, orgulloso nepalí, todos eran la misma gente.

–¿Y adónde van?

–A Shey. Por religión.

–¿Quieres decir que son peregrinos?

–Tal vez –zanjó.

La palabra «peregrinos» no le decía nada, ni la religión en cuestión parecía ser la suya.

De allí salía un valle en desnivel, todo él grava, arbustos de abedules y sauces, bajos arroyos transparentes que conformaban el estuario del río; se ramificaban como vasos capilares, y el lago se alimentaba de ellos. Puede que por la luz perlada y la amenaza de lluvia me pareciera un paisaje boreal más que himalayo. Me vino a los labios la palabra «Alaska» y enseguida me pregunté por qué se me había ocurrido, ya que jamás había estado en Alaska. Lo descubriría más tarde, procedía de Peter: mis pensamientos y los suyos empezaban a mezclarse en una extraña sensación de *déjà-vu*.

Los bastiones septentrionales del Kanjiroba se elevaban a la izquierda conforme nos alejábamos del lago. Una vertiente entera de la montaña estaba quemada, de manera que en aquel lado no quedaban sino raquíuticos troncos negros. Lenguas de hielo grisáceo y seracs vacilantes se prolongaban por los barrancos casi hasta la altura del bosque; en la franja de hierba rasa entre el bosque y el glaciar pastaban, distantes e inmóviles, yaks en estado salvaje. Más adelante vimos algunos en un sendero y me detuve para observarlos de cerca. Las vacas a las que estaba acostumbrado se juntan instintivamente en rebaño, sus antepasados, en cambio, parecían preferir la soledad: robustos, solemnes, con esa joroba que les daba una especie de melancolía prehistórica, el tupido pelaje oscuro que los protege del frío intenso. Su calma, sin embargo, solo era aparente. «Ojo», me dijo Remigio, fijándose en uno que venía hacia mí porque lo había puesto nervioso. Lo espantó con un gesto que le había visto hacer con las terneras muy agresivas, las que están sueltas en los pastos altos en agosto: valía también con los yaks.

Los dos echábamos un poco de menos movernos libremente, así que una vez montado el campamento decidimos salir a explorar. Caían unas gotas de lluvia y el calor de la tarde desprendía seracs en el Kanjiroba. A media hora de las tiendas el valle se estrechaba, perdía su forma de tobogán glaciar y se convertía en uno de los cañones más hermosos: con el agua corriendo al fondo, entre los abedules de un amarillo intenso, y las paredes de roca rosada subiendo hacia los glaciares. Cuando bordeé un saliente para observar el río, espanté algo o a alguien. Oí el ruido de una huida, con el rabillo del ojo apenas alcancé a reparar en un

movimiento, di un paso hacia un lado para ver entre los arbustos y no descubrí sino sombras ya desvanecidas.

–¿Qué eran, los has visto?

–Demasiado tarde.

–¿Culo gris, cola blanca?

–Eso creo. Habrán bajado al río para beber.

–¿Los seguimos?

–Yo no. Creo que voy a regresar.

Remigio no estaba tranquilo y a mí también me transmitía cierta inquietud. Creo que lo que me inquietaba era la inmensidad: habíamos caminado todo el día sin cruzarnos con nadie y sentíamos que nos estábamos adentrando en un mundo de dimensiones desconocidas para nosotros. Remigio movió algo con la suela, era un estiércol como de cabra. Alcé la vista hacia las paredes y me pregunté cuántas presencias habría allí arriba, escondidas, observándonos.



Debajo de una tela impermeable atada entre dos abedules leí lo que nos esperaba. El gompá de Shey, hacia donde nos encaminábamos, ha sido durante siglos el monasterio más importante del Dolpo, su centro espiritual. Se eleva a los pies de la Montaña de Cristal y es destino de peregrinación, mejor dicho, los peregrinos van hasta allí para cumplir la kora ritual alrededor de

la montaña, partiendo de todas las regiones, normalmente en verano. La Montaña de Cristal, a cuya cumbre está prohibido subir, es en muchos sentidos una hermana menor de su más célebre hermano tibetano: «Al norte y al oeste –escribe Peter–, más allá del río Karnali, la meseta del Tíbet se levanta hasta Kailash, el sagrado “monte Sumeru” o “Meru” de hindúes y budistas, hogar de Shiva y Centro del Mundo; desde el Kailash, cuatro grandes ríos (el Karnali, el Indo, el Sutlej y el Brahmaputra) descienden formando un gran mandala hasta los mares indios.» En esta figura, los cuatro ríos son los rayos de una rueda de la que la montaña es eje. Si se dan vueltas a su alrededor quedando la montaña al lado derecho se le reconoce el valor de eje de rotación: así se forma parte de la rueda, del movimiento del mundo; la montaña es origen del mundo tanto como fuente de los ríos. Budismo o no, me gustaba que alguien pensara de ese modo.

Sí que me preocupaba el puerto de Kang, al que debíamos ascender en un par de días. Era por donde se llegaba a Shey y mi mapa lo situaba a 5.350 metros, Peter, a 5.425. Él lo encontró nevado, se perdió buscando el camino, tuvo que acampar en el hielo y cargar solo con las provisiones porque los portadores se amotinaron. Por fin, cruzó el puerto el último día de octubre, de manera que nosotros lo hacíamos dos semanas antes que él. Miré la cumbre que, a ojo, calculé que sería más o menos de cinco mil metros: en los pedregales húmedos, después de la llovizna de la tarde, las nubes se despejaban y una capa de nieve fresca se derretía.

¡Ay, cuánto echaba de menos el fuego! Las ramas de abedul abundaban alrededor del campamento, pero para evitar la deforestación incontrolada estaba prohibido encender hogueras en toda la región, y nosotros, al revés que los peregrinos, respetábamos la prohibición. Me enfundé la cazadora y leí, una vez más, sobre el mito tibetano del *beyul*, un valle secreto cuyo acceso está protegido por altos puertos, tempestades de nieve y animales feroces. Según la creencia, habría algunos en el Himalaya: las cumbres de alrededor los ocultan a la vista, las pendientes son impracticables y sufren avalanchas, pero en el interior el clima es más apacible, hay árboles frutales, la tierra es fértil y fluyen torrentes. Como en los valles perdidos de las leyendas alpinas, solo que el *beyul* no tiene nada que ver con la nostalgia del pasado, más bien es una esperanza para el futuro. Existe con el fin de «dar cobijo a los sabios en tiempos de violencia». Por eso se guarda su secreto en el interior de los monasterios y en el silencio de los lamas: es un refugio anti-hombre en el que guarecerse de guerras o desastres ecológicos, o de cualquier otra arma que invente la humanidad para autodestruirse. También esta idea la comprendía bien. Todo aquel que va a la montaña, pensé, la entiende.

Había jaleo entre los portadores y cerré el libro para ver qué pasaba. Un águila joven – imposible confundirla con otra rapaz– se había metido a saber cómo entre las mulas. Las mulas se habían puesto nerviosas y los portadores la habían rodeado, pero enseguida nos dimos cuenta de que estaba herida: el águila huía corriendo con las patas, ni siquiera intentaba desplegar las alas.

Se escondió en la espesura de un escaramujo y desde allí nos observaba, girando la cabeza como un resorte, con los ojos muy abiertos.

La agitación que había provocado aquello se había convertido en lástima. El águila no parecía tan joven como para haberse caído del nido, ¿qué le había ocurrido, entonces? ¿Cuánto podría aguantar en un lugar semejante un ave incapaz de volar? Los portadores pronto se olvidaron de ella y siguieron con su faena. Yo me quedé solo, agachado, observándola. A lo mejor Peter me condicionaba con su insistente indagación en lo invisible, pero en aquellos días tendía a verlo todo como una señal, y me preguntaba qué señal era un águila herida. Si era una de las temibles centinelas de Shey, me parecía que su agonía armonizaba tristemente con nuestra época. No se necesitaban tropas de invasores, un zorro la podría haber ajusticiado.

A ella no le gustaba que yo estuviera allí, o no quería que la miraran en ese estado: se puede ser majestuoso hasta subiendo al patíbulo, rechazando la compasión. Con su noble cabeza, tambaleándose, las garras inútiles para andar, me dio la espalda y se alejó hacia el bosque, al encuentro de su destino.

De los cuatro mil metros no íbamos a bajar en mucho tiempo. Me estaba acostumbrando, aunque me daba cuenta de que todo me cansaba más de lo normal. Agacharme, abrir la tienda, entrar, guardar dentro la mochila, solo con hacer eso me fatigaba, y necesitaba un minuto para recobrar el aliento. ¿Será eso lo que se siente de mayor?, me preguntaba. ¿Cuándo hay que economizar cada movimiento, en un cuerpo al que incluso el simple estar en el mundo le supone un esfuerzo?

Entró Nicola y se tumbó a mi lado. Ahora cuando oscurecía enseguida hacía frío y, después de cenar, nos quedábamos poco rato charlando con los demás; tomábamos una última taza de té, jugábamos una partida de cartas y, no más tarde de las ocho, ya estábamos metidos en el saco de dormir.

—Casa —dijo él, contemplando el techo de la tienda.

—¿Esta? —pregunté.

—Sí, ya le tengo cariño.

—¿A la tienda?

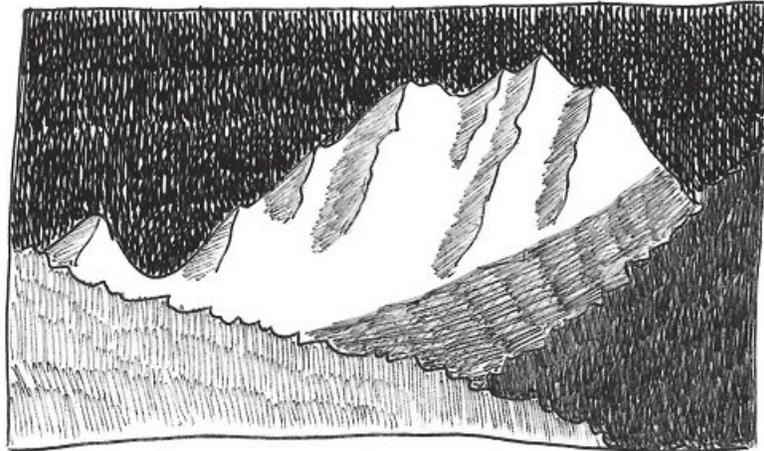
—No es una tienda, es nuestra casita amarilla.

A este artista le falta oxígeno, pensé. Cogí el *Leopardo*, me sumergí en la lectura y lo dejé con su historia de amor con una tienda tipo canadiense.

Cuando el sendero se hizo inseguro, dejó atrás el glaciar del valle y penetró, semioculto, en los desniveles rocosos de una garganta, Sete mandó a Lakba, el jefe de los arrieros, que hiciera de

guía. Como todos los chicos de la caravana, no tendría más de veinticinco años. Había nacido en el Dolpo, vivía en alguna aldea de la zona y siguiendo sus pasos vi cómo caminaba: iba distraído, con vaqueros de tiro bajo y deportivas, sin las ganas que nosotros estábamos obligados a poner. No parecía molesto por pasar un día alejado de las mulas, pero tampoco se tomaba en serio su nueva función de guía. Pese a su indolencia, iba más rápido que nosotros y de vez en cuando se sentaba para observarnos, extrañas criaturas concentradas, abrigadas en exceso, con demasiada equipación, que pagaban por hacer el esfuerzo de cruzar su tierra a pie. Me habría gustado cruzar con él palabras mucho más sencillas que estas, pero no sabía nada de inglés, de manera que no podía preguntarle si estaba a gusto (no lo estaba, Sete me lo contaría más tarde: se le acababa de morir el padre), si en casa lo esperaba una familia (sí, ya tenía mujer y una hija), si le gustaba su trabajo (por lo menos le daba para vivir: ahora era el dueño de las mulas). Sobre todo habría querido preguntarle si le gustaba la montaña, si esa montaña que suscitaba en mí perpetua conmoción despertaba también algo en él, y me pareció que sí cuando, sentado en una piedra al sol, lo vi observando el horizonte lejano. Juntos entonces compartimos aquella parada. Le ofrecí media tableta de chocolate, que aceptó sonriendo. Le tendí la cantimplora y bebió. ¿Cómo estás, Lakba? ¿En qué piensas? Me sonrió de nuevo. Luego miramos las montañas, sin ninguna prisa de que el momento pasase.

A lo mejor Lakba era un chamán, o a lo mejor observándolo me distraje de escucharme a mí mismo, en cualquier caso, el demonio imprevisiblemente me dejó en paz, y por la tarde llegué en buena forma a los 4.700 metros, más arriba que cualquier cumbre a la que hubiera llegado en toda mi vida. Arriba esa garganta accidentada se abrió en una cuenca árida, pedregosa, donde se juntaban arroyuelos formando el torrente que habíamos remontado durante horas. Una empinada pendiente final conducía al puerto de Kang, en algún punto sobre nuestras cabezas, y, detrás, el hielo de la inmensa pared norte del Kanjiroba: cuchillas de un blanco brillante, seracs con los colores de nubes borrascosas, altos glaciares suspendidos, Himalaya (que significa, precisamente, «morada de las nieves»).



OCASO EN LA PARED NORTE DEL KANSIROBA

Me encontraba bien, y mientras los demás descansaban fui a dar una vuelta por la cuenca. Entre los finos riachuelos crecía una hierba punzante, un musgo donde el agua se embalsaba, y en la tierra arenosa florecían edelweiss. ¡Edelweiss a 4.700 metros! O sea, dos mil metros más arriba que en los Alpes. En los Alpes, a esa altura, vivían también gamuzas y cabras monteses, así que instintivamente se me ocurrió buscarlas cuando oí ruido de piedras removidas poco más arriba de donde me encontraba. Levanté la vista y vi los perfiles del día anterior, pero esta vez no las espanté: eran unas veinte hembras de baral, o cabra azul del Himalaya. Hacía un tiempo que me preguntaba cuándo aparecerían. Peter las había observado durante todo el tiempo que estuvo en Shey y se convirtieron en presencias benévolas en su viaje, en compañeras de soledad. Tenían el pelaje corto y blanquecino con reflejos plateados, una complexión parecida a la de las gamuzas. Había solo un macho con grandes cuernos encorvados en medio de la manada, y me miraba fijamente, de igual a igual. Las hembras pastaban bajo una pequeña cascada, algunas con una cría al lado, tan tranquilas que, tras alarmarse un instante a mi llegada, volvieron a agacharse para rumiar. Yo también me senté entre los edelweiss y compartí con ellas el último sol. Me sentí acogido, aceptado, no solo por las cabras azules sino por la montaña entera.

Vi una caravana bajando del puerto de Kang, las primeras personas con las que nos topábamos desde el lago, pero más que en los hombres reparé en el perro que los seguía. Sería porque echaba de menos al mío y resultaba raro estar en la montaña sin él. Este era un perro negro, un poco más pequeño que Lucky, de los que había visto otras veces en las aldeas, mitad mastines mitad pastores, siempre mansos como todos los habitantes del Himalaya.

Cuando bajé al campamento, descubrí que el perro era hembra y que se había retrasado para estar un poco con nosotros. Tenía el pelo incrustado de estiércol y los dientes blancos de un animal joven, de no más de dos o tres años. Le gustaba correr de un lado a otro y mordisquear las

manos que le tendían. Durante la cena se alejó, así que cuando entré en la tienda creí que se había ido, pero después, en plena noche, lo oímos ladrar por algún lado del campamento. Nicola también tenía un perro en su casa y desde su saco de dormir me dijo:

–¿Qué oye para ladrar así?

–A las cabras azules.

–¿Las has visto?

–Toda una manada.

–¿Y cómo son?

–Como las gamuzas. Más claras, con cuernos de carnero. No huyen, debe de ser porque estamos cerca de Shey.

–¿Y qué hay para ellas en Shey?

–La caza está prohibida.

Pero él no pensaba en las cabras azules. Lo oía moverse insomne en la oscuridad. Más tarde dijo:

–Echo de menos a Macchia. Quién sabe cómo estará.

–Está bien y sueña contigo. Duerme.

–¿Sabes?, a ella le da miedo la gente. Nunca quiere estar con nadie, salvo conmigo.

–Lo sé.

Lucky, en cambio, se juntaba con todo el mundo y yo nunca sabía bien si me echaba o no de menos. La perrita ladraba como si tuviese que defender sola todo el campamento. Estuvimos oyéndola y pensando en nuestros perros hasta que nos quedamos dormidos.

Al amanecer la perrita seguía con nosotros. En vez de bajar por el valle nos acompañaba por el puerto, de manera que me imaginé que se había ido de casa y que estaba regresando, y que allí, a lo mejor, descubriríamos de quién era. Entretanto, dado que un perro sin nombre es como un perro cojo y sin rabo, Nicola y yo decidimos ponerle un nombre que le durase al menos un día; y dado que la habíamos encontrado al pie de la gran montaña, enseguida acordamos llamarla Kanjiroba. Nos parecía un elegante nombre de hembra tibetana. «¡Kanjiroba! ¡Kanji!», la llamábamos, para acostumbrarla al sonido. Juguetecía con los dos, sin atender al nombre, y poco después empezó a perseguir cabras azules alejadas, revelando instintos de cazadora.

Luego, durante la mañana, tuve otras cosas en que pensar y la perdí de vista. El ascenso al Kang truncó todas mis ilusiones de aclimatación. Había empezado bien, me sentía con fuerzas y además estaba de buen humor, pero hacia los cinco mil metros el demonio volvió a atormentarme. En la pendiente, mis piernas empezaron a flaquear: cada paso me costaba un esfuerzo de voluntad, y cada cuatro o cinco pasos tenía que parar para recuperar el aliento, solo que, agachado en busca

de aire, me parecía que boqueaba en el vacío. Observaba mis botas polvorientas y mi sombra doblada en dos sobre el suelo, luego elevaba la vista y veía a mis compañeros, cada vez más lejos.

Hasta que Lakba me dio alcance y, al adelantarme, se dio cuenta de cómo me encontraba. Sígueme, me dijo en silencio. De acuerdo, respondí. Lo seguí paso a paso, sin apartar los ojos de sus pies y a su ritmo, lento pero constante, un ritmo pautado adrede para que pudiera subir. ¿Quería agradecerme el chocolate del día anterior? ¿O en ese momento, cuando nos sentamos a mirar las montañas, nos habíamos hecho amigos? Lo vi inclinarse al pie de la cima y recoger una piedra, y lo imité. Después de tanto esfuerzo, el temible puerto de Kang resultó ser nada más que un inocuo horcajo de cantos rodados. Arriba, entre las banderas de oración enredadas, Lakba depositó su piedra sobre un cúmulo de piedras semejantes. «Ki ki, so so», murmuró. Conocía aquel mantra: el *ki* es el grito del águila y, por tanto, del viento; el *so* es la respiración profunda de la tierra; la cima es el punto donde los espíritus del viento y de la tierra se enfrentan, y una vez arriba se les lleva una ofrenda para que se aplaquen y permitan cruzarlo. Yo también deposité mi piedra en el cúmulo, pero sin decir nada. Lakba ya había vuelto para ocuparse de las mulas.

Cuesta abajo dejé ir las piernas, encantado de perder altura y de recuperar oxígeno en la sangre. Me faltó poco para ponerme a correr. Así fue como se me apareció Shey tras un par de horas de nueva ligereza: una cuenca de pastos todavía muy verdes, en octubre y a 4.200 metros, en la confluencia de dos torrentes. El que Peter llamaba «río negro», turbulento y caudaloso, que acababa de descender desde el sur, y el plácido «río blanco», que se le unía por el este. Al fondo de la cuenca, junto a un pequeño puente, había dos tiendas de pastores cerca de las cuales rondaban unas crías de yak, pero vi también grandes rediles de piedra y huellas en el suelo, que tenían que ser del ganado que pastaba allí en verano; al otro lado del puente, en una loma que miraba hacia el sur, los edificios del monasterio refulgían al sol. La ubicación destacada, el color rojo de los muros, las banderas ondeando en los tejados daban al gompa el aspecto de una fortaleza.

Cuando pasé junto a una de las tiendas vi a Kanjiroba jugando con una niña de unos diez años, mientras un niño de tres o cuatro los seguía dando traspies. Ambos con la túnica púrpura y el cinturón a rayas de colores, el rostro, de hermosos rasgos tibetanos, manchado de tierra y tizne. La madre, sentada en la entrada de la tienda, hilaba lana de yak. Había seis pequeños molinos de oración cerca del río negro, pero el canal que tenía que alimentarlos no servía: en otoño no había agua suficiente para que pudieran girar las ruedas de los molinos, unos cilindros en los que estaba grabado el mantra *Om Mani Padme Hum*. Ojalá hubiera podido verlos en primavera. Me gustaba la idea de que fuera el torrente el que rezaba, y que ahí mismo, como si tal cosa, el ganado pastase y jugasen los niños.

Crucé el pequeño puente y subí hacia el gompa, compuesto por una imponente estupa tibetana,

una serie de casitas que parecían deshabitadas, el monasterio propiamente dicho y, detrás, un terreno grande y cuadrado, de decenas de metros de lado. Rodeado por altos muros de piedra, parecía uno de nuestros cementerios. Alrededor no había nadie: ni monjes, ni peregrinos, ni pastores. Dejé la exploración para más tarde, me quedaba mucho tiempo para pasear y aquella última cuesta, aunque breve, había hecho que mis piernas recordaran lo duro que había sido el Kang. Me quité la mochila, me tumbé en el prado y poco después me dormí al sol.

Nos quedamos en Shey dos días, en los que llené mi cuaderno de dibujos y notas. Peter estuvo veinte días observando a las cabras azules y siguiendo las huellas del leopardo de las nieves, visitando los eremitorios de la zona, interrogando a los monjes con los que se cruzaba. El leopardo no apareció en ningún momento pero él encontró un sentido en el hecho de esperarlo, como si estar quieto a la espera de algo fuese una forma de meditación. Colocó un pequeño Buda de terracota en la entrada de la tienda. Cada mañana, al amanecer, se sentaba ahí, «feliz y triste por la sensación confusa de que estas montañas sean mi casa». La palabra «casa», la nostalgia de algún lugar no bien definido, aparecen por primera vez en sus páginas. También sobre la práctica budista escribió en esos días: «El regreso al hogar es el propósito de mi disciplina». De vez en cuando pensaba en su hijo, y ese pensamiento le recordaba que en el mundo lejano casi era Navidad. Se trataba de comprender dónde se hallaba la casa a la que había que volver.



Tenía algo de milagroso levantar la vista del diario y encontrar cada una de las cosas que él había descrito. En Shey, cuarenta años habían pasado en un santiamén. Ni descubrimiento o invento, ni guerra ni revolución, ni movimiento juvenil ni hundimiento de imperio o ideología, ni música o literatura: nada de lo que había ocurrido a lo largo de mi vida había dejado allí la menor huella. El raro espacio de tierra que había detrás del gompa no era un cementerio, sino el mayor campo de piedras de oración que Peter hubiese visto jamás: los propios muros, de sesenta pasos de largo cada uno, estaban hechos de esas piedras. Trepé por uno para mirar al otro lado y vi por todo el suelo esas piedras, azulinas, anchas y planas, alisadas por los ríos y transportadas a lo largo de los siglos por peregrinos, formando cúmulos de un par de metros de altura. En muchas de ellas se leía el mantra *Om Mani Padme Hum*, a veces en el interior de un dibujo semejante a la corola de una flor. Aquel debe de ser el loto, pensé. ¡Om, gema en el loto, oh!

Cuando intentaba contar las piedras, oí la misma letanía, murmurada por un monje que, en lugar de llamarme la atención, me sonrió muy contento. Bajé del muro para saludarlo, pero él no podía detenerse y con un gesto me indicó que lo siguiera. Estaba dando su vuelta, era su kora vespertina alrededor del campo de oración: con la mano izquierda desgranaba un rosario y con la derecha giraba una rueda de oración, es decir, un cilindro con mango semejante a una pandereta. Siguiéndolo pasé entre las casitas rojas, algunas de ellas con el tejado hundido, pegadas unas a otras por encima del monasterio, sin notar ninguna señal de vida al otro lado de las ventanas ni en los patios. Telas deshilachadas se agitaban en cada muro y una bandada de palomas silvestres daba amplias vueltas en el cielo, respetando el sentido horario que nosotros también seguíamos.

Fui detrás del monje hasta la entrada del gompa: junto al portal cerrado había un montón de mantas, a cuyo lado dejó la rueda de oración, pero no soltó el rosario. Si duerme en la calle, pensé, en la entrada del monasterio, ha de ser una especie de guardián. No respondió a las dos o tres palabras con las que intenté entablar una conversación. Observaba con interés mis pendientes de plata, a mí me llamaban la atención los suyos: coral y turquesa, las piedras preciosas tibetanas, engarzadas en un hierro metido en el lóbulo. ¿Te gustan?, le pregunté con gestos. ¿Nos los intercambiamos? Él sonrió de nuevo, enseñando dientes de marfil y las sanas arrugas de un hombre alegre, solamente marcado por la edad y el sol.

Cuando regresé al campamento lo encontré activo: mientras mis compañeros tomaban té, los porteadores se lavaban el pelo unos a otros. Sacaban agua del torrente, la calentaban en el hornillo de queroseno, uno la echaba en la cabeza enjabonada de otro. En vez de notar el frío o el cansancio del día, daba la impresión de que se estuvieran preparando para una reunión mundana. Luego fumaron, y vi cómo uno de ellos, con un cigarrillo en los labios y balanceando las caderas a

un ritmo imaginario, se ponía a remedar una danza, mientras los otros se partían de risa, hasta que Sete los llamó al orden y los mandó a mondar patatas.

Cogí una cantimplora especial que guardaba en la mochila y me senté en la puerta de la tienda a disfrutar del último sol. A la cuenca había llegado una caravana con madera, palos cuadrados parecidos a los que había visto en Ringmo. A lo mejor aquellos yaks venían de allí: si iban al oeste, pensé, probablemente se dirigirían hacia la frontera. Antaño por la misma ruta iba la sal del Tíbet que se canjeaba por el té y el arroz de las llanuras indias; ahora el té y el arroz llegaban de China, pero la madera nepalí seguía siendo muy apreciada en los altiplanos. Cada yak llevaba, sujetos a los lomos, dos palos que los caravaneros estaban descargando de noche. Eran hombres cansados, cubiertos de polvo, los modales hoscos del que trabaja con ganado. Kanjiroba les ladraba a los yaks que se dirigían a las cercas, y ese era el único ruido que me llegaba, demorado por la distancia, multiplicado por el eco.

¿En qué consistía la armonía que percibía con claridad en aquel paisaje? ¿Quizá en las proporciones entre las montañas, o en los dos ríos que delante de mí se unían para convertirse en uno solo? Noté que la cuenca era una especie de cuadrante: el río blanco marcaba el este, el río negro el sur, y el río que formaban juntos, el oeste. Así, al amanecer y al anochecer el sol se alineaba con el valle, y en su recorrido daba una vuelta alrededor de la Montaña de Cristal. En cuanto a la montaña propiamente dicha, no parecía diferente de las otras: era un trapecio de roca rojiza contra el cielo que se volvía cada vez más oscuro.

—¿Por qué la Montaña de Cristal es sagrada? —le pregunté a Sete, que por una vez disfrutaba de un momento de descanso.

—Porque desde la cumbre se ve el Kailash.

—¿Cómo, perdona?

—Eso dicen.

—Pero ¿no está prohibido subir?

—Sí, porque es sagrada.

Lo miré y me devolvió la mirada como se hace con un alumno un poco tonto. Parecía uno de esos rompecabezas sobre los que meditan los practicantes budistas para superar la comprensión racional y alcanzar la intuitiva. El koan que Sete me había dado sonaba así:

¿Quién ha visto el monte Kailash
desde la cumbre inviolada
de la Montaña de Cristal?

Decidí brindar por ello. Nicola vino a sentarse a mi lado y le dije:

—Ahora sería realmente perfecto que pudiéramos tomar algo.

—Ya lo creo.

—Prueba esto.

Le pasé la cantimplora especial: era whisky escocés con turba y envejecido que había guardado cuidadosamente para abrirlo en Shey. Solo tuvo que destapararlo y olerlo para elevar los ojos al cielo. Fue por dos tazas a la tienda cocina, servimos en ellas el whisky, y yo a mi néctar de Escocia le añadí un chorro de agua del Himalaya. Es difícil que alguna vez pruebe bebidas mejores.

Por la mañana los dos ríos estaban helados, la caravana de la madera reanudó la marcha. Una mujer recogía el estiércol de los yaks y lo arrojaba contra los muretes del recinto: una vez que se secase y soltara, ya podría arder. Quería visitar un eremitorio que no quedaba lejos, y con Nicola y Remigio me encaminé por el sendero que iba hacia el oeste, ganando altura conforme el valle se cerraba y sus laderas se volvían más escarpadas. Pasada una última cresta, Tsakang surgió ante nosotros: cuatro edificios de piedra enclavados en un resalte que cae verticalmente sobre el río. También el último tramo del sendero estaba hecho en la roca y parecía una locura que alguien hubiera podido imaginarse vivir en semejante precipicio, pero para los tibetanos era justamente eso lo que le daba valor al eremitorio: la cercanía del viento, la ubicación en pleno sol, la agitación del agua que corría abajo, la Montaña de Cristal, que en la mañana despejada era «una vela contra el cielo». No bien nos acercamos vimos que también esa estrecha cornisa había sido pacientemente labrada, y que la roca había sido tallada en minúsculas terrazas cultivadas.

—Patatas —dijo Remigio, que había comido patatas de montaña toda la vida—. Dentro de poco las recogerán.

Giré una rueda de oración que chirriaba en una hornacina del muro. Al lado descubrí un pequeño leñero de raíces de enebro y un depósito más grande de estiércol de yak. Eran los dos combustibles del eremitorio: prenden el fuego con la leña y lo alimentan con el estiércol. Siguiendo un estrecho conducto negro que bordeaba los huertos remonté el sistema de terrazas hasta una cavidad en la pared de roca, demasiado poco profunda para llamarla gruta, lo suficiente para entrar en ella agachado. En el interior la roca estaba húmeda, y al fondo de la cavidad, más que un auténtico manantial, encontré un venero que recogía el agua que goteaba de la pared. Al lado había un cazo, un cubo, un Buda de terracota en miniatura y ofrendas de flores marchitas, que hacían que la gruta pareciera un pequeño templo, y el venero una pila. Entonces me acordé de las bayas de enebro que había recogido a la orilla del Phoksundo. Pensé en aquel lago inmenso y en el minúsculo lago que tenía delante de mí. Seguía llevando las bayas en el bolsillo: las saqué y las puse a lo largo del borde del venero, cerca de las flores marchitas. Luego introduje dos dedos en el agua y me mojé los párpados y los labios, que en esos días el sol me había resecado. Por la

noche me los lamía, los notaba raros bajo la lengua, pero como no había llevado espejo no podía vérmelos. En cambio, los ojos los tenía bien. Mientras me los mojaba me dije: haz que sepa mirar y haz que encuentre las palabras para contar lo que he visto.

–Llega alguien –dijo Nicola.

Un hombre y una mujer subían a Tsakang por un sendero distinto al nuestro. La mujer, mayor que el hombre, llevaba un haz de raíces de enebro atado con una cuerda a la espalda. El hombre, un monje de cara redonda, con túnica roja y el pelo rapado, nos invitó a seguirlo a uno de los edificios. Entramos por la pequeña puerta de madera, luego subimos por una escalerilla hasta el vestíbulo entre dos habitaciones: una simple cocina, con una estufa en el centro y algún anaquel en las paredes, y una habitación de oración repleta de telas de colores, cojines, velas, libros sagrados apiñados en las estanterías de madera viejísima. Una lámpara de mantequilla alumbraba una foto del Dalai Lama arrancada de un periódico. Venid, venid, nos dijo con un gesto el monje; sentaos, sentaos.

Nos enseñó cómo cruzar las piernas y cómo juntar el pulgar y el dedo corazón, se sentó entre un gran tambor suspendido y la ventanita abierta que daba al precipicio, se puso una piel de oveja sobre los hombros. Entonces empezó a recitar. Nunca me he sentido incómodo con los rezos de otros, al revés, me infunden mucha calma. Remigio se había quedado fuera. Miré a Nicola, que asintió y me sonrió. Cerré los ojos para concentrarme en el murmullo del monje y distinguí el olor a incienso, a cuero, a mantequilla de yak quemada en la lámpara, a la montaña que entraba por la ventanita. Hierbas marchitas, humedad nocturna evaporándose, roca calentada por el sol, mañana. Incluso en un lugar antiguo como aquel la montaña olía siempre a nuevo. «En otra vida –escribió Peter–, estas montañas eran mi hogar; hay como un amanecer de conocimientos olvidados, como una fuente que surge de acuíferos subterráneos.»

Un toque de tambor me hizo abrir los ojos, era un sonido que hizo vibrar alguna de mis membranas internas. El monje repitió varias veces los toques, usaba un hierro curvo con una bola de cuero fijada al extremo: *bum, bum, bum*, con cada toque mi barriga resonaba, hasta que el ritual terminó. Junto a la foto del Dalai Lama había una caja para donativos, donde nos complació dejar nuestras rupias.

En la cocina la mujer había encendido la estufa y había puesto a hervir el agua para el té. Lo preparó a la tibetana, con sal y mantequilla de yak. En un tazón había amasado la tsampa –harina de cebada tostada y agua–, y esa sería su comida de la mañana. Miré al monje, que estaba haciendo una bolita de pasta con los dedos y la mojaba en el té como si fuese una galleta, y recordé la escena en la que Peter, en ese mismo eremitorio, le formuló al lama de entonces la pregunta más difícil de todas. El lama, lisiado por una artritis deformante que lo retenía ya siempre allí arriba, rompió a reír y, elevando un brazo hacia el cielo, respondió: «¡Claro que soy feliz! ¡Sobre todo porque no me queda elección!».

Ni Peter ni yo podíamos comprender una respuesta así. No más de lo que sabíamos acerca de quién había visto el Kailash desde la Montaña de Cristal, o cuál es el sonido de una sola mano. Preparado el té, la mujer dejaba que la estufa se apagase, pero yo, atraído por el fuego que en esos días echaba tanto de menos, le pedí con gestos permiso para alimentarlo con una de sus valiosas raíces de enebro. No servía de nada, y sin embargo ella asintió. Puse la raíz sobre las brasas y mientras ellos bebían el té, me quedé observando cómo ardía.

Por la tarde hice la colada en el torrente y la tendí al sol. Le pedí a Sete que me lavara el pelo, yo me lavé el cuerpo con un barreño de agua tibia y me puse ropa limpia. Mis compañeros hicieron lo propio, colocaron cordeles entre tiendas y pusieron la ropa a secar: solo cuando me alejé y me volví hacia el campamento, reparé en el cómico sacrilegio. En los cordeles se mecían nuestros calzoncillos; en los tejados, en los muros, en los estandartes de madera flameaban las banderas de oración: pero el budismo aprecia la ironía y en Shey nadie iba a ofenderse. Inspirado por la escena, pensé que, en el reino del viento, aquellas telas desteñidas y rasgadas tenían el objetivo concreto de venerarlo. El viento no se vería si no hubiese nada que ondear: las banderas hacen visible lo invisible. Los quebrantahuesos y los alimoches planeaban en el aire, con las alas abiertas e inmóviles, sacerdotes del aire.

Me encontraba entre los molinos de oración cuando apareció la chiquilla del día anterior seguida por Kanjiroba. Quería enseñarme algo en secreto, tendió una mano y la abrió: era un fósil de concha, recuerdo de la época en la que el Himalaya estaba al fondo del mar. Después India, entonces una inmensa isla errante, se empotró contra China, en el choque se elevaron las montañas y las conchas acabaron a cuatro mil metros. No, dije con la cabeza. No me gustaba ni el mercado de fósiles ni los niños comerciantes. La niña se quedó un poco cortada. Llevaba algo de chocolate y se lo ofrecí para consolarla. Ella se volvió hacia la tienda para ver, creo, si quien la había mandado la estaba vigilando, luego agarró el chocolate y se fue corriendo.

Me senté contra uno de los molinos y observé el monasterio. Más arriba, en las pendientes herbosas del monte Somdo, una manada de barales pastaba al sol. No había ningún leopardo a la vista, pero el cielo de la tarde estaba despejado y a esa altura la luz tenía algo absoluto, como luz en su estado más puro. Y lo mismo el aire enrarecido que respiraba, el agua gélida que acariciaba con la mano, la roca calentada por el sol en la que estaba sentado. A esa pureza le correspondía otra en mi interior, a ese pensamiento era al que estaba intentando dar forma: el viento, el torrente, la luz, la piedra constituían la sustancia de mi sangre, de mis fibras, de mis órganos, y hacía que me resonaran tal y como el tambor del monje había removido mis membranas. *Bum, bum, bum:* estoy hecho de esto, de esto, de esto. La montaña me conducía a lo esencial.

Peter había focalizado idéntica sensación en las páginas más cristalinas de su diario. En el

fondo, yo no hacía más que reescribir lo que él había escrito en su día, pese a lo cual me parecía completamente adecuado a Shey: aquí nada avanzaba ni retrocedía sino que daba vueltas en círculo, siguiendo el movimiento del eterno retorno, o de la eterna reescritura. Y no era en absoluto un movimiento ocioso. Para los tibetanos, el movimiento giratorio de las ruedas, nuestro dar vueltas alrededor de muros, monasterios y montañas, *activa* las plegarias grabadas en su interior al igual que el badajo que acaricia el borde de la campana la hace vibrar produciendo una nota. Había oído en Katmandú el *la* de las campanas tibetanas, capaces de hacer hervir el agua con las que las llenaban. Si eso es cierto, pensé, entonces desde Shey una sola nota poderosa sale hacia el universo: los peregrinos daban vueltas alrededor de la Montaña de Cristal, daba vueltas el monje risueño alrededor de su monasterio, daban vueltas los molinos alimentados por los torrentes y daba vueltas la bandada de palomas que descubrían, quizá, un granero oculto en el gompá; daban vueltas los escritores alrededor del sentido de su presencia allí. ¿Quién ha visto el monte Kailash desde la cumbre virgen de la Montaña de Cristal? Cerré el cuaderno. En ese mismo momento, pero cuarenta años antes, Peter cerró el suyo, en el que escribió: «El secreto de las montañas es que existen, igual que yo, pero se limitan a existir, cosa que yo no hago. Las montañas no *tienen* significado, *son* significado; las montañas *son*. Yo vibro con la vida y las montañas vibran y, si soy capaz de oírlas, hay una vibración que compartimos».

Al final, Peter decidió separarse de su amigo zoólogo e ir a ver a su hijo antes de Navidad. Pocos días después de que se hubiera marchado, el amigo avistó por fin al leopardo de las nieves.

—Es raro —dijo Nicola mientras hacíamos las mochilas—. Marcharse de un sitio y saber que no volverás a verlo jamás en la vida.

Yo tenía una sensación aún más rara, la de que iba a regresar, pero temía que sonase sentimental y me la guardé para mí.

La chiquilla vino hasta el campamento cuando vio que nos íbamos, nos observaba enrollar las tiendas como si la estuviésemos traicionando: ¿Qué es esto, nos acabamos de hacer amigos y ya me dejáis? Kanjiroba, que había estado cerca de ella todo el rato, parecía vacilar entre dos instintos; luego, cuando nos movimos, salió de dudas y vino detrás de nosotros. «No, no —le dije—. Quédate aquí.» Pero es realmente imposible conseguir que un perro que ha decidido seguirte cambie de opinión, a menos que seas capaz de tratarlo realmente mal. Así, veintidós seres humanos, veinticinco mulas y una perrita se pusieron en marcha. Ella era la cuadragésima octava de la caravana.

Fue un largo adiós porque, ascendiendo hacia el este el suave valle del río blanco, Shey permaneció a la vista durante horas. De vez en cuando me volvía para recordarla bien. Le temía a la cima de Saldang, apenas un poco más baja que el Kang, pero al aumentar de altura me di cuenta

de que la parada de dos días me había sentado bien. En la última cuesta pude incluso sentir con agrado los latidos de mi corazón y cómo se oxigenaban mis pulmones, sin imaginarme el paisaje que nos aguardaba al otro lado. Fue un instante: los últimos pasos en pendiente, los cúmulos de piedras votivas, las banderas de oración, hasta que mi mirada se detuvo en el desierto de alta montaña. La frontera entre Nepal y el Tibet estaba en alguna parte delante de mis ojos: entre filas de cumbres oscuras, lisas, arenosas, laderas de hierbas amarillentas y matorrales de arbustos de un rojo apagado, escasas nieves. Las nieves formaban cúpulas suspendidas sobre las altísimas cumbres áridas, por encima de los seis mil metros. En las gargantas brillaban los lechos helados de los torrentes y líneas de arena remontaban las pendientes hasta las crestas: las pistas del ganado. Comprendí, tras días de camino, que a partir de ahí empezaba un viaje completamente nuevo.

Estaba en la cima contemplando el altiplano cuando, por la otra ladera, llegó una caravana de yaks cargada de mercancías, con un estruendo de pezuñas, cencerros, gritos. Un muchacho perseguía a un becerro díscolo, lo insultaba, le lanzaba piedras y hacía todo lo que podía por devolverlo con la manada. Cerraba la fila un viejo que se detuvo para pedirnos algo: se señaló los ojos, hinchados y enrojecidos por una oftalmía, y sin protestar se dejó poner el colirio que le ofrecimos. Agradecido por el alivio, con lágrimas surcándole las mejillas llenas de polvo, señaló a mi espalda y preguntó:

—¿Shey Gompa?

—¡Saldang! —respondí, señalando a su espalda.

El viejo asintió. Me palpó la tupida barba de montañés de Occidente y acarició la suya, rala, de montañés de Oriente, y meneó la cabeza, como diciendo que el viejo era él, que él debería tener la barba más hermosa.

Vaya, lo siento, pensé. Podía darle colirio, rupias, chocolate, lo que quisiera, pero jamás mi barba a cambio de la suya.

—*Ki ki, so so* —dijo el viejo, luego siguió camino detrás de los animales en medio de la polvareda.



POR UN VALLE DE FRONTERA

El sitio donde acampamos aquel día parecía una aldea fantasma. Había sido construida en una extraña ubicación, justo al final de un cañón, donde brotaba el torrente que había formado aquella garganta: así, en las crecidas el agua había robado terreno a las casas, había llegado a los muros y estaba erosionando los cimientos, lo que parecía la causa del abandono. Sin embargo, los campos se habían segado hacía poco, el estiércol se estaba secando en una ladera al sol. ¿Adónde se había marchado todo el mundo? Seguí un canal de irrigación en desuso, una obra de ingeniería que cruzaba desniveles y fosas por arcos de piedra: encontré los dos chorten de entrada a la aldea, un muro de piedras mani, ruedas de oración oxidadas, un gompa en ruinas. En Namgung también la religión tenía un aspecto descuidado, la de los viejos cultos en los que ya nadie cree.

El primer habitante que apareció fue una chica que corrió hacia los pastos, cruzó un pequeño puente y desapareció en el patio de una casa. Poco después salió un viejo para ver quién había fuera, y mientras trataba de entenderme con él vi que detrás, en la penumbra, la chica tenía un niño atado a la espalda. Lo llevaba envuelto en una banda, como si ella y el niño fueran una sola persona. El viejo me miraba con recelo: solo después de muchas ceremonias, ya que yo seguía señalando el gompa, cogió de mala gana una llave muy grande que colgaba de la puerta. Me condujo por un callejón y apartó de un murete una especie de valla de zarzas. Justo detrás descubrí el motivo de su desconfianza: toda la cebada de la cosecha estaba allí, los haces dorados colocados en largas hileras ordenadas. También alrededor de aquel gompa revoloteaba una bandada de palomas, y no podía creer que fuese casualidad.

Me acordé de la *desarpa* otoñal de los montañeses de mi región, el descenso al valle con el ganado al final de la temporada de pastoreo en los Alpes. También en el Dolpo, probablemente, una vez finalizada la cosecha, los habitantes dejaban las aldeas altas para pasar el invierno en zonas más templadas. Estábamos a 4.400 metros a mediados de octubre: faltaba poco para que llegara la nieve. Dentro, el monasterio conservaba frescos desconchados y máscaras monstruosas, pero ahora se utilizaba principalmente como granero. Para proteger la valiosa cebada solo quedaban las palomas, las vallas de zarzas, la polvorienta santidad de aquel edificio, un viejo guardián. Pero ¿podía haber mejor destino para un templo en desuso?

Ahora Kanjiroba se tomaba más confianzas y no se limitaba a estar cerca de nosotros, por la mañana irrumpía en la tienda. A las seis los porteadores gritaban «¡Café!» y nos concedían a los *sahib* el lujo de servirnoslo estando aún en los sacos de dormir. Nos despertábamos así, Nicola y yo, de nuestras noches agitadas: con el café de la cafetera y la alegría de un perro vagabundo.

–Ya te he puesto azúcar –decía yo, mientras la perra se le echaba encima.

–Pero ¿por qué está siempre con nosotros? –se quejaba él, soñoliento.

–Ah, quién sabe por qué.

Alguien en la caravana había empezado a pensar que Kanjiroba era la reencarnación de un monje pecador, obligado en esta otra vida a vagabundear por los altiplanos. Sin embargo, a mí un animal no me parecía una forma de vida inferior a un hombre, al revés: ¿quién aparte de un alimoche, una cabra azul o un leopardo de las nieves podía vivir libre entre aquellas montañas?

Tuve entonces una duda, y cuando Nicola salió de la tienda la miré a los ojos: Eres tú, ¿verdad? ¿Acaso no eres tú el que escribió: «Incluso solo vislumbrar nuestra auténtica naturaleza es como regresar a casa»? Las fechas coincidían: Peter había muerto en 2014 y Kanji podía tener tres años. Para los tibetanos no pasan más de cincuenta días entre una vida y la siguiente, es la etapa durante la que vagamos por ese reino de los muertos llamado «bardo»; y enseguida, otro giro. ¿Eso es lo que ha pasado, Peter? La perrita no respondió. Le rasqué el hocico y ella me lamió la mano con el afecto contagioso de los perros por la mañana: siempre te saludan como si llevaran una barbaridad de tiempo sin verte. En fin, le dije, sin duda has encontrado una buena manera de «volver a casa». Luego salí del saco de dormir, enredado y húmedo de condensación nocturna, y fui a extenderlo al primer sol.

Empezaba a perder la cuenta de los días de camino cuando bajamos a Saldang, 3.900 metros, el punto más próximo a la frontera china que íbamos a alcanzar en todo el viaje. El Tíbet estaba ahí, a unos veinte kilómetros, al otro lado de los desfiladeros que cerraban el valle. Me esperaba otra aldea perdida, pero encontramos una pequeña ciudad ubicada en la vaguada del río Nagaon, con grupos de casas dispersas rodeadas de terrenos y animales pastando. En los patios las mujeres estaban en plena faena: las varas de trillar se hundían rítmicamente en la cebada, los cedazos de mimbre esparcían el salvado al viento.

Pero había otras cosas que me chocaban tras días en la montaña. Ya las había conocido en los Alpes: la pureza a la que accedemos, o nos hacemos la ilusión de acceder, al alcanzar la altura de los elementos, se contamina rápidamente al volver entre los hombres, y con ella se enturbia la claridad de pensamiento. De Saldang me confundían las parabólicas y los paneles solares, los desechos de plástico tirados por todas partes, la bandera nacional en un tejado. Desde Katmandú

no veía la flor de rododendro ondeando, luego salió un soldado y comprendí: aquel era el cuartel de un pueblo de frontera, como los hay en todas las fronteras del mundo.

Se me quitaron las ganas de explorar calles y callejas. Sete alquiló un patio para montar el campamento y le preguntó a la dueña de la casa si nos podía preparar un té. En la puerta de entrada vi grabada la esvástica invertida de la religión *bön*, un chamanismo previo al budismo que durante siglos había sobrevivido, semioculto, en algunas aldeas del Dolpo. Dentro me crucé con un espejo que cuidadosamente evité mirar. La estufa estaba en el centro de la habitación, sobre la desnuda tierra apisonada, y la mujer nos invitó a sentarnos cerca del calor en telas y cojines. Era la primera vez que entrábamos en una casa y, mientras esperaba el té, me dediqué a observar, tratando de imaginarme la vida de sus moradores.

La pared que tenía enfrente estaba completamente ocupada por una estantería de pino o cedro, tiznada y alisada por el uso. Entre platos, bolsas de arroz y de té, fotografías de boda, resaltaban los colores chillones de los sobres de espaguetis liofilizados y de las bebidas en lata. Una falsa Coca-Cola, un falso Red Bull, todas marcas que había visto en la basura a lo largo del camino. Las fotos del Dalai Lama estaban entre las de la familia como si fuese un tío, alguien de la casa. Solo cuando me volví reparé en el póster que destacaba detrás de mí, sobre el áspero yeso de aquella casucha de madera y piedra, una reproducción casi tan ancha como toda la pared.

Era una visión de la Lhasa del futuro en la que la capital tibetana se reconocía difícilmente entre rascacielos, autopistas, parkings, centros comerciales. Parecía un Los Ángeles entre las montañas. Quien se la había imaginado había tenido el valor de dejar el Potala, el antiguo palacio real, aunque tapado por torres y pasos elevados: el Dalai Lama había huido de allí en 1959, durante la reacción represora del ejército chino contra las revueltas de su pueblo, y desde entonces era un rey en el exilio. Imposible preguntarle a la mujer si entendía la diferencia entre los dos Tibet, y cuál de ellos prefería. Del póster de propaganda, como de los *noodles* y de la Coca-Cola, no resultaba difícil intuir la procedencia: Nepal quedaba lejos, sus carreteras a no menos de una semana de camino; la gran China, apenas detrás de una fila de montañas.

No tenía derecho a sentir nostalgia por la pobreza de los demás, pero volví al aire libre turbado. Sentado en el patio había un viejo borracho rezando. Lo hacía de una manera particular: giraba una rueda de oración, recitaba el mantra, se servía una tacita de aguardiente, se la tomaba y seguía rezando. Observé el lecho amplio del río, las laderas erosionadas por las aguas, los chorten desmoronados protegiendo aldeas y campos. En ese mismo paisaje, cuarenta años antes, Peter había vislumbrado el ocaso de una civilización. Pero no fue un buen profeta cuando escribió de Saldang que «un día los seres humanos desesperarán de seguir subsistiendo sobre estas frías mesetas a tan gran altitud, y los últimos restos de una antigua cultura tibetana desaparecerán entre piedras y ruinas». Se equivocaba. Las carestías no iban a extinguirlos: los montañeses llevaban toda la vida afrontándolas. Lo corregí así: «Un día los seres humanos construirán una gran

carretera a China, por aquí pasarán camiones repletos de mercancías y polizones, chabolas de todo tipo surgirán por el valle y el lecho del río será un vertedero: y los últimos vestigios de una antigua cultura tibetana desaparecerán entre desechos y teléfonos móviles».

Om Mani Padme Hum, masculló el viejo. ¡Om, gema en el loto, oh! Le habría pedido encantado un sorbo de su aguardiente.

Serían las tres de la madrugada cuando oí gemir a Kanjiroba como un perro maltratado y me incorporé de golpe.

–Voy yo –dije, antes de que Nicola se diese cuenta de lo que estaba pasando.

Me desprendí del saco de dormir, cogí una bota para usarla como arma y salí de la tienda alumbrándome con el frontal. La escena que vi entonces aplacó mis intenciones belicosas. Quizá por la rabia acumulada contra Saldang, había interpretado mal aquel ruido y me sentí como un padre buscando a su hija de madrugada, para luego sorprenderla en el portal con alguien.

–¿Qué pasa? –me preguntó Nicola cuando volví a la tienda.

–Kanji ha encontrado un amante –respondí.

–¡Caramba! ¿Y lo has echado?

–Ya lo hará ella si quiere.

Nos dijimos: Ahora sí que nos deja y tendrá su propia familia en Saldang. ¡Adiós, reluciente alma de Peter! Pero resultó que al día siguiente éramos cuarenta y nueve, y más tarde incluso cincuenta. Remontábamos el curso del río y en cada aldea Kanji arrastraba a un perro que nos seguía durante una o dos horas. Hasta que, a su pesar, los pretendientes regresaban a casa, y ella seguía camino. Parecía saber perfectamente adónde quería ir.

Ahora nos dirigíamos al sudeste, de nuevo hacia el Himalaya. Caminábamos entre pueblos y campos, intercambiando *tashi delek* con las mujeres y compartiendo el sendero con los niños que iban a clase. Llevaban carteras desgastadas, uniformes azules sucios, botellas de té con leche para desayunar, y con nosotros practicaban riendo el inglés de los manuales. En Namdo todos entraron en un gran patio lleno de hileras de pupitres, con dos pizarras colgadas en una pared. Antes de la clase se dividieron en grupos, los niños en un lado y las niñas en otro, y cantaron un himno que supuse que sería el nacional, ante maestros severos como oficiales. Una vez recibida la orden de romper filas los soldados rasos fueron de nuevo niños: los mayores corrieron a los pupitres, los pequeños a jugar. Uno de los maestros la emprendió a pedradas con una cría de yak que había entrado en el patio a curiosear. A poca distancia de los muros de aquella escuela al aire libre corría el río resplandeciente; sobre las cabezas de los alumnos las montañas arenosas ardían al sol. Parecía un valle en el que jamás había llovido y en el que no llovería jamás. Hacía días que no veíamos una nube, tampoco un árbol ni una flor.

En una tienda compré una tela a rayas horizontales azules, amarillas, rojas, blancas y amaranto, y la até a la mochila. Lo hice sin ningún motivo, sería mi forma de manifestar mi rechazo a las fronteras. Un maestro que tuve decía que en la montaña son especialmente odiosas, porque a ambos lados de la línea divisoria se cultiva el mismo grano, pastan los mismos animales, existen desde antaño las mismas costumbres, y si alguna frontera puede haber es entre montaña y ciudad, no entre montaña y montaña. Ahora que llevaba ese paño, noté que las campesinas me señalaban entre ellas y me saludaban divertidas.

—¿Budista? —me preguntó una trilladora de cebada.

—No, no, pacifista —dije, pero no sé si me comprendió.

En cualquier caso, me sonrió. Por la noche até el paño a un palo y lo planté donde instalamos el campamento, y desde entonces se convirtió en nuestra bandera.

Esa noche terminé el *Leopardo* por segunda vez. Me encontraba tan bien, sumido en ese libro, que enseguida lo echaba en falta. Nicola dormía, así que no tenía a quien transmitirle ese sentimiento, el tipo de tristeza que solo los lectores conocen, la nostalgia de los libros terminados. Nos repartíamos la noche para dormir, como el espacio de la tienda: él se quedaba dormido enseguida y a eso de la una o las dos empezaba a dar vueltas en el saco; yo, en cambio, no pegaba ojo hasta medianoche, pero después, con un poco de suerte, dormía hasta el amanecer. Presté atención a los ruidos de fuera. Fluía el torrente y ondeaba mi bandera pacifista, y había otro ruido que tardé un rato en identificar. Era el trajín típico de un perro enzarzado con un hueso muy grande. Lo sujeta con las patas, lo aferra con los dientes y así puede seguir, arrancándole cartílagos y minúsculas fibras, durante horas y más horas. A saber qué había encontrado Kanjiroba.

Abrí de nuevo el *Leopardo* por la primera página, en la cita de Rilke: «Ese es, a fin de cuentas, el único valor que se nos pide: tenerlo para lo más extraño, lo más singular y lo más inexplicable que podamos encontrar».

Y luego, como alguien que llama a la puerta de un viejo amigo, pasé a la página siguiente y empecé de nuevo.

Era una cabeza de baral lo que Kanjiroba había encontrado. Por la mañana aún seguía intentando arrancar algo de las órbitas, de los jirones de piel que habían quedado pegados al cráneo. Nos encontrábamos ya lejos de las aldeas, dentro de la garganta del río, cerca del agua: a juzgar por el estado de aquella cabeza, la cabra azul había estado pastando por allí hasta hacía un par de días. Ahora no era más que comida, y a Kanji le suscitaba una voracidad que no me apetecía ver.

Tras dejar el curso del Nagaon ya no nos cruzamos con nadie. La vegetación de matas espinosas

dificultaba salir del sendero, así que a nuestro paso veíamos huellas de todo tipo. «Mira esto», me dijo Remigio, cuando sobrepasamos otra vez los cuatro mil metros. Él era hijo de un cazador y en la montaña me leía siempre las huellas de los animales salvajes. Me señaló una hilera con el bastón: palma grande, cuatro yemas redondas y separadas, la huella entera medía más o menos la mitad de la mano de un hombre. Puse al lado la mía para compararla. No era un lobo, un perro, un zorro. No era desde luego una cabra azul ni un antílope tibetano. Era un felino, y a esa altura, que supiésemos, solo se encontraba uno.

«No es solamente un animal raro –escribe Peter–, sino que es capaz de esconderse de manera casi mágica: sus colores se adaptan tan bien a los sitios en los que elige vivir que lo puedes tener a pocos metros y no verlo. Es el más misterioso de los grandes felinos; nada se sabe de su sistema social. Casi siempre se le ha visto solo; cabe que se reúna con otros para cazar, como hacen los tigres, o puede que sea insociable y solitario como el leopardo común.»

El que nos había precedido era un solitario: las huellas trazaban una hilera de un paso tranquilo, uniforme, que bajaba al torrente y luego regresaba; dado que a las ocho de la mañana el suelo aún estaba helado, tenían que haber sido dejadas la noche previa. Me acordé de la cabeza de cabra azul y entonces me hice una pregunta que todavía no me había hecho: ¿quién la había matado? Alcé la vista hacia las vertientes yermas, al laberinto de gargantas que se ramificaban sobre mi cabeza, seguro de que desde algún lugar el leopardo de las nieves nos estaba observando.

Ese día, reflexionando sobre ello, me pareció que el carácter esquivo, el talento para aparecer sin dejarse ver, no era característico solo del leopardo sino de toda la tierra del Dolpo. No hacíamos más que toparnos con señales de cosas que habían pasado hacía poco, como el rastro de harina que nos acompañó a lo largo de un tramo del sendero, y que me hizo pensar en un saco agujereado en la grupa de una mula. O un profundo agujero cavado en la tierra rojiza que había revelado una red de túneles subterráneos.

–De aquí sacan marmotas –me dijo Remigio.

–¿Qué quieres decir con «sacan»?

–Las atrapan cuando están en letargo. En invierno las marmotas se amontonan en el fondo de la madriguera para protegerse del frío, en una especie de habitación central, ¿ves? Si las encuentras con el pico, las matas a todas.

–¿Y para qué?

–Para comérselas, ¿no?

–¿Tú también lo has hecho?

–Lo he oído contar.

Nos eludían los leopardos, los hombres, los tiempos. A 4.500 alcanzamos una cuenca con señales de haber servido de prado de verano. Allá arriba, en octubre, quedaban los muretes perimetrales de dos tiendas, cuadrados de cuatro metros de lado, y era como mirar por dentro una

casa a la que se ha quitado el tejado: el hogar en el centro, todo con tierra apisonada, a un lado los nichos de piedra que habían servido de despensa. Cerca de las tiendas, el redil de los yaks. En el prado encontré una piel de cabra tiesa y estropajosa, una correa de porteador, un sobre de sopa en polvo, una hoz y un martillo dibujados en una piedra. He ahí otra huella esquiva. Aquel pequeño símbolo pintado de amarillo me pareció más antiguo que los rediles y los hogares, quizá porque estos no tenían edad, el símbolo sí: se remontaba a la época en que la guerrilla maoísta había conmocionado los valles nepalíes en los años noventa. Una minúscula reliquia del siglo veinte. Un insignificante sueño de revolución en la periferia del mundo.

–¿Tú también la hiciste? –nos preguntarán un día.

–He oído hablar de ella –responderemos.

Volvimos al siglo veintiuno en la aldea siguiente, donde nos recibió un gran letrero formado por piedras blancas a un costado de la montaña. WELCOME, decía, junto a un chorten repintado con colores vivos. La bienvenida debía de ser para nosotros y para otros turistas que debían llegar, o eso se esperaba, pues de momento no había rastro de ellos: no bien entramos en el pueblo pasamos por un Himalaya Hotel y un Dhaulagiri Hotel, ambos desiertos. Eran sencillos edificios de una planta, con un patio polvoriento y un murete alrededor, que no se diferenciaban en nada de las otras casas. En el tejado plano se secaba leña para el invierno. La calle de tierra apisonada se extendía entre el río y la única fila de casas, y mientras la recorríamos nos adelantó un jinete: era Lakba, mi guía silencioso. Espoleaba a una mula con los talones y desapareció rápidamente levantando polvo.

–¿Adónde va? –le pregunté a Sete.

–A decirle a su tío que llegamos.

–¿Así que este es el pueblo de Lakba?

–Pues sí.

–¿Y cómo se llama?

–Se llama Dho, en el río Tarap.

Recordé el día en que empezamos el viaje. Lakba y sus mulas nos estaban esperando en el pequeño aeropuerto. La avioneta, Juphal, los campos de marihuana me parecieron lejanísimos: desde Dho, incluso por una ruta más corta, tuvieron que tardar días en venir a buscarnos.

Poco después vimos llegar una motocicleta. Tenía cromados brillantes y un par de altavoces por los que sonaba música pop india. El piloto se parecía a su vehículo, con chupa de piel, gafas de sol y algún tipo de gomina en el pelo. Se cruzó con nosotros muy despacio, examinándonos; si quería impresionarnos, desde luego que lo consiguió. Cuando se alejó, le pregunté a Sete cómo había llegado una moto a Dho; me dijo que las traían desde China, desmontadas y cargadas en mulas.

–¿Y después adónde van? –pregunté.

—A ninguna parte. Donde acaba el pueblo, también acaba la calle.

Vimos más motos, aparcadas fuera de un toldo, situado junto a un gompa derruido al que debía haber reemplazado, pues unos veinte monjes estaban celebrando un rito debajo de él. Sentados en el suelo, con un libro de plegarias delante y una taza de té al lado, recitaban un salmo que uno de ellos ritmaba con platos y tambores. Casi todos eran jóvenes, apenas unos adolescentes. Otros hombres de más edad y elegantes, quizá los dueños de las motos, asistían a la ceremonia, y no se fijaron en nosotros cuando pasamos por allí.

Esa noche, desde la casa del tío de Lakba vimos que había cuervos dando vueltas sobre una colina. Resultaba que habíamos llegado durante un funeral, y que en el Dolpo todavía se practicaba el funeral celeste. Como había muy poca leña para las cremaciones, desmembraban los cadáveres y los trasladaban, troceados, a una loma, donde las rapaces completaban la función. Para los budistas el cuerpo está hecho de elementos prestados del universo, y una vez que la vida lo abandona son devueltos: la materia en la que hemos habitado vuelve a ser aire, agua, tierra, se pone a girar en círculo a través de los pájaros. No me equivocaba en Shey, eran ellos los auténticos sacerdotes.

Vi que una muchacha abría un redil y se llevaba a sus ovejas a pastar al otro lado del río. Por una estrecha pasarela de madera las ovejas se empujaban, los corderos caían al agua y les costaba vadear el río hasta la orilla opuesta.

Para celebrar el regreso del sobrino, en una barraca del patio hervía una olla de rakshi. Solo uno de nosotros tuvo el valor de pedir una taza, yo.

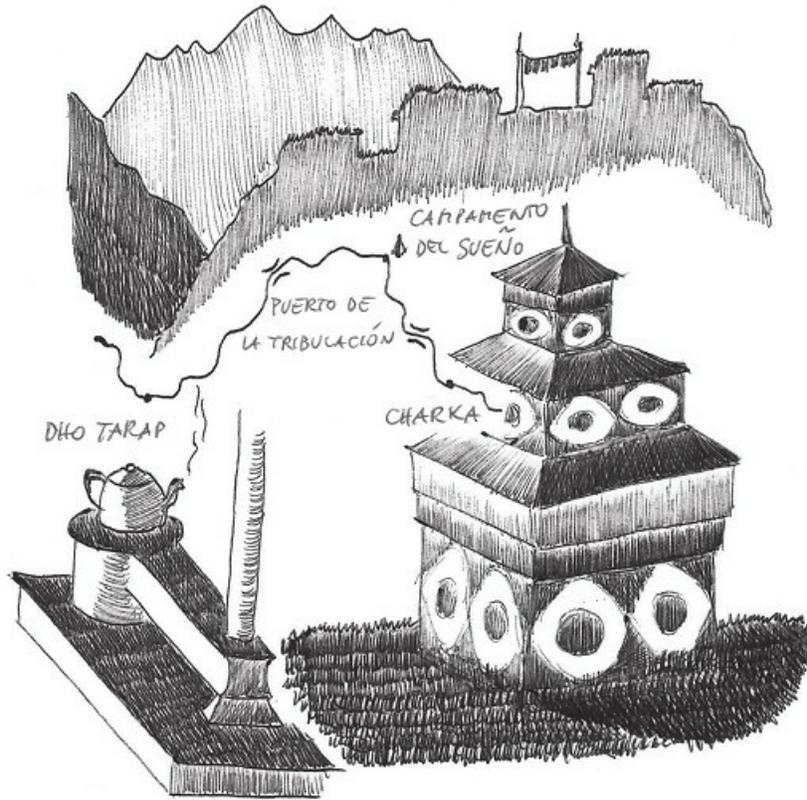
—¿A qué sabe? —preguntó Nicola.

—A gasolina caliente —respondí.

—Es el sabor del metanol —dijo Remigio—. No tomes más.

Optamos por una más segura Lhasa Beer de importación, la versión tibetana de la Everest, y asistimos a la pequeña fiesta. Los portadores y los arrieros estaban alegres y chillones, ya corría la cerveza de cebada: hasta que se emborracharon y, al anochecer, se liaron a golpes con los chicos del lugar. Hubo un ir y venir de motos durante toda la noche. El tío de Lakba se enfadó y lo oímos fuera gritando. Por la mañana los encontramos avergonzados y maltrechos, con la mirada gacha, asegurando la carga en las mulas.

Yo ya estaba cansado de la hondonada y de su aire de muerte, no veía la hora de regresar a la montaña.



EN EL DESIERTO

Seguramente me quedaban aún culpas que purificar, o aún tenía que demostrar mi sinceridad, pues cuando subía al puerto de Jhyarkoi el demonio de las alturas me puso a prueba más duramente de lo que lo había hecho hasta allí. Dho quedaba mil metros más abajo y a cuatro horas de camino, cuando lo sentí llegar. Durante toda la mañana había hecho tan bien el ascenso que incluso quise creer que había sido aceptado por aquel mundo, que yo también era una criatura del altiplano, hasta que, en la última pendiente, me atacó al estómago, donde empezó su tormento. Aquí estás, pensé, sintiendo la punzada. ¿Me estabas esperando?

Levanté la vista y calculé que me quedaban otros trescientos metros de subida por delante, un largo y monótono sendero arenoso. Aminoré el paso: un pie después de otro, el talón del que avanza pegado a la punta del de atrás, y respirando a la vez. Derecho, inspira; izquierdo, espira; uno, dos; pie, pie. Tenía que fijarme en el terreno que tenía delante, concentrarme en la respiración y dejar de mirar arriba, hacia la cima, si no el mal rato sería peor. Me dije que a ese ritmo podía hacer una parada en cada recodo del sendero, lo que al principio hice más o menos cada treinta pasos, pero luego cada veinte, y después cada diez. Un minuto para buscar oxígeno cada diez breves pasos.

El demonio no se conformaba con eso, y empezó a soplar contra mí un viento gélido. Me hormigueaban las manos y los pies. Es la sangre circulando mal, pensé, o la cabeza que está fallando: no notaba los dedos y levantaba los pies como si fueran dos piedras atadas a los tobillos, los pies de otro. Noté que los arrastraba. ¿Podrías al menos dejar de soplar este viento contra mí? Ahora me agachaba cada tres o cuatro pasos en busca de aire, tapándome la boca con el brazo. Para, viento, por favor. Por favor, déjame pasar. *Ki ki, so so.*

Mi cuerpo, más lento, más pesado, respondía cada vez peor a lo que le mandaba hacer. Una parte de mi cabeza era voluntad, la otra confusión. Estaba ofuscado cuando me encontré sentado contra el cúmulo de piedras de la cima, a 5.300 metros, incapaz de hablar. Nicola estaba a mi lado y pude darme cuenta de que también estaba exhausto. Solo pensaba en bajar al otro lado, pero esta vez perder altura no me devolvió lucidez: en un momento estaba tirado en el suelo, y en otro bajaba dando trompicones. Los pies ya no me respondían. Ahora estaba tumbado en la tienda, a

saber cómo había llegado allí, y qué hora era. Metido en el saco de dormir, temblaba. El frío de aquel viento no me lo quitaba de los huesos.

Remigio me llamó desde fuera, dijo: «Paolín, acércate al fuego». Él era el único que me llamaba así y yo no hice más que seguir la voz de mi amigo. Fuera estaba oscuro. Efectivamente, habían encendido una fogata, había sombras de porteadores alrededor de un gran enebro ardiendo, pero enseguida me di cuenta de que había hecho mal saliendo del saco de dormir. Los temblores aumentaron. Vi que desde la tienda de Remigio, colgada en el hueco de la entrada, una calavera de baral me miraba fijamente. «Es la tienda del chamán», me dijo él, en tono burlón, con la fogata resplandeciendo en sus ojos. Llamas, sombras, calaveras, mi amigo enloquecido por la altura. Me sentía dentro de un sueño de Peter, en una de sus alucinaciones.

Alguien me pasó un tazón de sopa, pero en cuanto la olí supe que no podría tomarla. Cogí una cantimplora con té hirviendo, volví a meterme en el saco de dormir totalmente vestido y me acurruqué. Pero ¿qué hago aquí? ¿Por qué tengo que estar temblando a cinco mil metros, rodeado únicamente de hielo y oscuridad, con punzadas en el estómago? ¿Por qué no puedo estar en mi casa, con la mujer que amo, la cena servida, un poco de música, en una cama caliente? ¿Qué es esta maldita llamada de la montaña?

En vez de tomar el té, cogí la cantimplora y me la apreté contra la barriga, sobre el saco de dormir. Fue una buena idea. Poco después se me calmaron las punzadas en el estómago y cesaron los temblores. Sentí una sensación de tibieza, me invadió el sueño, y por fin el demonio me dejó en paz.

A la mañana siguiente me repuse con una larga marcha por un camino en leve cuesta, varias horas a lo largo de un valle sin casas ni hombres. Lo único que se veía desde allí era el desierto, el cielo sin nubes del Dolpo, los torrentes helados que lentamente se derretían al sol. Arriba, el agua se detenía cada noche y volvía a correr cada mañana. Desde una loma alcancé a distinguir toda la caravana, disgregada a lo largo de kilómetros por el valle: mis compañeros caminaban distantes, meditabundos. Estábamos cansados y quizá entrábamos en esa fase del viaje en la que empiezas a contar los días que faltan, a imaginar la vuelta, y la sensación de partida aumenta la fatiga, elimina el placer del descubrimiento.

Remigio estuvo toda la mañana con la cara tapada con una bufanda. Me acerqué, le pregunté:

—¿Pusiste de verdad una calavera en la tienda, o lo soñé?

—Era para levantarte la moral —dijo—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Estoy un poco débil. ¿Y tú?

—Me duele la garganta. Pero las piernas me funcionan.

Tenía recuerdos fragmentarios de la noche, y ahora intentaba juntarlos como hacen los

borrachos a la mañana siguiente. Sobre todo, sentía que tenía una deuda con mis amigos: ¿quién me había esperado en lo alto del puerto? ¿Quién me había cogido la mochila y desenrollado el saco de dormir? ¿Quién me había preparado el té? En un momento dado, alguien me había mirado a la cara, me había dado dos pastillas, me había dicho que me abrigara y que bebiera mucho.

Me acerqué a Nicola, le pregunté:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor que ayer. He tenido un poco de fiebre.

—¿Has dormido?

—Poco. En cambio, tú sí que duermes. ¿Se te ha pasado?

—Ah, estoy como nuevo. ¿Me acostaste tú?

—Sí, ¿no te acuerdas?

—No. Pero gracias.

En una cuenca encontramos un laguito helado. Con el bastón, Nicola dibujó en el hielo un leopardo, un lobo, un cuervo. Solo necesitó unos trazos, poseía el talento de la sencillez. No eran figuras elegidas al azar: esos tres animales nos unían, estaban en el origen de nuestra amistad y de nuestro viaje, y nos quedamos mirándolos brillar en el hielo iluminado por el sol.

Poco después, en el valle que no subía ni bajaba, dos chicos a caballo aparecieron silenciosos como espíritus. Tenían el pelo largo, lacio, negro, bandas escarlatas en la frente, pendientes de coral y turquesas. También los caballos estaban adornados con flecos dorados, cintas de colores atadas a las colas, mantas bordadas bajo las sillas. Parecía que iban o volvían de alguna ceremonia. Cabalgaban con la naturalidad de la gente de los pueblos nómadas, y no podía imaginarme un modo más apropiado y armonioso de cruzar el desierto. Apenas nos miraron. Siguieron camino en la dirección opuesta a la nuestra, y los observé alejarse hasta que desaparecieron entre las formas del altiplano.

La aldea de la que esos jinetes venían parecía una aldea de polvo. Estaba enclavada en una loma que confluía entre dos torrentes, y algo, por el hecho de estar en alto sobre el agua, me recordó a nuestras ciudadelas. Sabía que entre los tibetanos habían existido antaño saqueadores a caballo, bajaban del norte a saquear los pueblos de los campesinos, así que a lo mejor interpretaba bien la necesidad de Charka de defenderse: pero ahora el viento levantaba nubes de arena y la arena tenía el mismo color que el de las casas, y era como ver que las casas se erosionaban y se desmoronaban. En medio de la polvareda, una muchacha volvía del prado con sus cabras, mientras unos cuervos negros con las alas desplegadas nos vigilaban a media altura.

Imposible plantar las tiendas al aire libre, por lo que Sete alquiló una casa para pasar la noche. Agradecí el banco, las mantas de lana, la tibieza humosa de la habitación en la que nos instalaron

a todos. Probé por primera vez el té salado con mantequilla de yak: nauseabundo si piensas que estás tomando té, rico y reconfortante si piensas que estás tomando caldo. La familia que nos alojó pasó la velada en un cuartito detrás de una cortina, puede que fuera una pequeña cocina: un hombre, un niño, una mujer joven que de vez en cuando venía a preguntarnos si necesitábamos algo, en buen inglés. Se marcharon para dormir en otro sitio y yo me levanté para estirar las piernas, vi entonces libros en una estantería y caí en la tentación de asomarme: al lado de la estufa que se estaba apagando, del montón de estiércol seco, del cuenco de tsampa, dos lamparillas de aceite temblaban delante de una foto del Dalai Lama. Encima de la foto colgaba una bandera del Tíbet. Al Dalai Lama sonriente le habían dejado como dádiva espigas de cebada, flores silvestres, hasta unas rupias. Me marché enseguida con la vergüenza de los intrusos.

Por la mañana, la mujer regresó sola. Fue a la cocina y poco después el humo del enebro nos envolvió. En el Dolpo nunca había conseguido hablar con nadie, me dije que difícilmente tendría otra ocasión: así que, mientras mis compañeros tomaban café, me asomé por la cortina y llamé.

—¿Puedo?

—Adelante —dijo la mujer.

Pasé. Estaba arrodillada ante la estufa, soplando al fuego que no terminaba de arder. Me recordó que había leído que muchos niños de la región tenían problemas en los ojos y la garganta a causa del humo.

—¿Necesitas algo? —me preguntó.

—Solo hablar un poco, si quieres.

—Claro.

Me senté en una banqueta al lado de la estufa. Noté que sobre el pequeño altar las lamparillas de mantequilla estaban apagadas. La mujer vio hacia dónde miraba, pero eso no la incomodó en lo más mínimo. Poseía una elegancia natural: cerró la puerta de la estufa, se alisó la falda y también se sentó.

—¿Cómo es que hablas tan bien inglés?

—Soy maestra. Lo aprendí en Katmandú.

—Te criaste allí.

—Estudí allí. Sigo yendo todos los inviernos. Aquí hace demasiado frío, hay demasiada nieve para quedarse. Pero este es mi pueblo, quería enseñar a los niños de aquí.

—¿Katmandú está lejos?

Pensó, contó con los dedos. Dijo:

—Cuatro días de camino por Jomsom. Luego otros dos o tres en autobús o si te lleva alguien. Una semana.

—¿Y cuándo te vas?

—Dentro de poco. En diciembre se marcha todo el mundo.

Por una ventanita se filtraba la luz de la mañana. Fuera, el viento no había parado de soplar en toda la noche. Ahora impedía que la estufa tirase, y el sol jugueteaba con las vaharadas de humo que había entre nosotros en la cocina. Señalé la foto y las lamparillas, y le pregunté si me podía explicar su significado.

—Nosotros somos tibetanos —dijo—. Por idioma, cultura, religión. Pero somos ciudadanos nepalíes y le estamos muy agradecidos a Nepal por dejarnos vivir a nuestra manera. —En esta respuesta rebuscada me pareció escuchar las explicaciones que daba a los niños. Luego añadió—: Mi abuela vino aquí del Tíbet y se casó con mi abuelo, yo sigo teniendo mucha familia allí.

—¿Vas a visitarlos?

—No puedo. La frontera la abren solo unas pocas veces al año. Entonces nos encontramos en un paso de montaña a tres días de aquí, para saludarnos e intercambiarnos regalos.

—¿En Saldang?

—Un poco más cerca.

Cuatro días de camino para coger el autobús, tres para saludar a la familia. Habíamos tardado doce horas en avión para llegar a Nepal desde Europa, pero ahora que compartía esos espacios a mí también me parecía absolutamente normal caminar tres días.

La mujer llenó un hervidor con agua de un bidón y lo puso en la estufa. Pero el fuego no se avivaba, y dudé de que el agua pudiera llegar a hervir.

—Oye —dije—, ¿puedo hacerte otra pregunta? Es una duda que tengo desde que salimos. Me gustaría saber qué pensáis de los que venimos aquí de paso.

—¡Nos sois de gran ayuda! —respondió, llevándose una mano al pecho. Temía haberme ofendido a saber cómo. Dijo—: Aquí todo el mundo querría alquilar una habitación a gente como vosotros. Volved a visitarnos. ¡Volved!

Le di las gracias. La creía, pero tenía demasiadas dudas como para tomar esa respuesta al pie de la letra. Le dije que nosotros quizá ya no volviéramos, pero que estaba seguro de que muchos otros vendrían en nuestro lugar. Le sonreí.

—¿Cuántos niños tienes en tu escuela?

—Quince.

—¿Y son listos?

—Sí, muy listos.

Me fui de Charka, aldea de polvo, con la sensación de que solamente la había rozado. Levantar el campamento cada día es la ley de la caravana, pero para comprender habría que detenerse, quedarse. Nos alejamos con el humo bajo que no conseguía levantarse de las casitas, el fuerte olor a enebro que permanecería impregnado en la ropa varios días. Ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba.

Y sin embargo qué bonito era, qué instintivo y necesario se había vuelto ponerse de nuevo en camino. Dejar el mundo conocido atrás y descubrir siempre un trozo de mundo nuevo. Andar era nuestra misión diaria, nuestra medida del tiempo y el espacio. Era nuestro modo de pensar, de estar juntos, de pasar el día, era el trabajo que nuestros cuerpos ya hacían solos. Aunque más flacos, debilitados, febriles, cada mañana se incorporaban y se ponían en marcha, mansos como mulas. Andar reducía la vida a lo esencial: comer, dormir, ver gente, pensar. Ningún invento de nuestra época nos servía de nada, mientras andábamos, aparte de un buen calzado y, en mi caso, un libro en la mochila. Desde hacía semanas vivía de arroz, lentejas, verdura, alguna vez huevos y queso, mi *Leopardo*, mi cuaderno, mis amigos. Más que necesitar tan poco, lo que me sorprendía era darme cuenta de que no deseaba nada más. Solo cuando parábamos se manifestaba el apremio, la nostalgia, las aspiraciones, todos los vacíos que había que llenar.

Hacía tiempo que no pensaba en Kanjiroba –ya era una presencia autónoma, nadie se preocupaba de dónde dormía o lo que pudiera hacer cuando no estaba–, pero después de un tramo de sendero a lo largo del río la vi en la otra orilla: una perra negra corriendo y tratando de darnos alcance inútilmente. El puente por el que habíamos cruzado quedaba muy atrás y a ella le daban miedo las pasarelas colgantes, así que ahora estaba buscando un punto por donde vadear el río ancho, rápido, aún parcialmente helado. No se fiaba de la corriente. Palpaba el fondo con las patas y luego retrocedía, lo intentaba en otro lado, aullaba. Nicola y yo nos acercamos para llamarla. «¡Kanji! ¡Ven! ¡Anda, anda, tú puedes!» Hasta que se lanzó, con la confianza ciega de los perros: resbaló en una piedra helada, cayó al río, desapareció en un rápido y salió a la superficie un poco más abajo, bregó y por fin llegó a la orilla. Hacía tanto frío que su pelaje empapado de agua en un instante quedó blanco de hielo. Se sacudió y vino corriendo a nuestros brazos de lo más contenta.

Ese día, mientras caminaba pensando en la mujer de Charka, me acordé de algo que me había olvidado hacer, y que tenía que hacer antes del final para terminar las cosas bien. Me quedé atrás, esperé a nuestros porteadores y les dije que quería una fotografía de todos como recuerdo. A los chicos les encantó: de uno en uno, se quitaron la carga de la espalda y posaron. Después de la foto, tendí a cada uno mi cuaderno y les pedí que escribieran su nombre, que ahora conservo, nombres escritos con letras distintas e imprecisas: Suren, Sangeh, Subash, Kailas, Darma. Uno tímido, otro mostrando los músculos con los brazos cruzados, y otro sonriendo al lado de su cuévano. El cocinero, los auxiliares, el que recogía agua en el río y fregaba los platos. Él era el último de todos, Darma, el flaquito. Llevaba el hornillo en el cuévano y notaba su llegada por el olor a queroseno. Me daba la impresión de que estaba apartado de los demás por cierta diferencia de casta, por su tez más oscura. ¿Yo también?, pareció preguntarme cuando le tendí el cuaderno. Sí, claro, tú también, le respondí asintiendo.

Ya seguíamos con regularidad por encima de los 4.500, en un paisaje al que ya no prestaba

atención: liso, árido, arenoso, igual desde hacía días. La mirada de quien cruza el desierto es solo interior. Subíamos y bajábamos, ganábamos cien o doscientos metros y luego de nuevo los perdíamos. No habíamos hecho otra cosa durante semanas: según mis cálculos, debíamos haber caminado trescientos kilómetros en línea recta, pero era incalculable el desnivel de las infinitas subidas y bajadas, y por tanto también la verdadera longitud del sendero. Pensé que el Himalaya, como Sete, se rebelaba contra nuestras mediciones. Me di cuenta de que ya en el hecho de decir «ganar» y «perder» hay un sentido económico del todo occidental sobre el ir a la montaña, donde altura y distancia son los capitales que acumulamos con nuestro esfuerzo, y no nos gusta en lo más mínimo malgastar la inversión. Me parecía estar oyendo la voz de Peter: Usa otras palabras, me decía. Piensa de otra manera. ¿Quién ha visto el monte Kailash desde la cumbre inviolada de la Montaña de Cristal? Busca la respuesta en estas subidas y bajadas: como vas a perder todo lo que crees que has ganado, aprende que el bien máspreciado de la cumbre es el sendero. Encuentra un sentido en cada paso. Dentro de esta concentración.

Por la tarde el río se ensanchaba, se abría en arroyos y riachuelos, se convertía en una ciénaga. Muchos de los guijarros que pisaba eran fósiles de conchas. En aquel fondo marino de alta montaña percibí un movimiento a mi lado, me volví, era una liebre: una hermosa liebre gris en posición de alerta, las orejas tensas, los músculos contraídos y preparados. ¿Qué hacía una liebre allí arriba, en pleno otoño? Nos miramos fijamente un instante, antes de que llegase Kanjiroba: luego la perra se lanzó en su persecución y la liebre huyó pendiente arriba, tan veloz que en pocos brincos desapareció. He ahí el cuarto animal-guía, pensé: un leopardo, un lobo, un cuervo, una liebre.

Montamos el campamento a poco menos de cinco mil metros. Al día siguiente nos esperaba el último puerto, el más alto de todos, a más de 5.500. No me encontraba mal pero hacía mucho frío, y en cuanto se puso el sol detrás de las montañas los torrentes se helaron otra vez. Me dije que debíamos estar a bastantes grados bajo cero para que el hielo se formase tan rápido. Cuando recogí mis cosas para llevarlas a la tienda encontré algo debajo de la mochila: era un bote de mermelada de fresa, intacto, cerrado herméticamente, de la que desayunábamos. ¿Se había caído del cuévano de uno de los portadores? Era raro que hubiese acabado justo ahí, debajo de mi mochila. Pensé que alguien me la podía haber dejado. Miré a mi alrededor. No tardé en cruzarme con otros ojos que estaban esperando los míos: desde lejos, asomado a la entrada de la cocina, el pequeño Darma me observaba. Traté de sonreírle y me refugié en la tienda.

Más tarde leí en voz alta: «Junto con el viento y el frío llega un sentimiento de inquietud, y me descubro reservando el último chocolate para el viaje de vuelta a través de las montañas: eternamente preparándome para la vida en lugar de vivirla día a día. Han pasado cosas

emocionantes y, sin embargo, hay un tipo de fuerza que disminuye, un hechizo que se ha roto. Así que también yo me preparo para marcharme, aunque me esfuerce de verdad por seguir aquí. La parte de mí que está inquieta por las cartas sin abrir que llevo en el macuto, la parte de mí que anhela ver a mis hijos, beber vino, hacer el amor, volver a sentirse limpia y cómoda está ya vuelta hacia el sur, por encima de las montañas».

–Beber vino, hacer el amor –dijo Nicola.

–¿Son tus deseos para los cuarenta años? –pregunté, guardando el *Leopardo*.

Últimamente lo llevaba en la mochila junto con el cuaderno y el té, porque fuera el papel se empapaba de escarcha. La condensación se helaba sobre la tela de la tienda, y si por la noche uno de los dos se movía mucho, nuestra respiración congelada se nos caía encima.

–No lo sé –dijo Nicola–. ¿Cuántos deseos tengo?

–Tres –respondí.

–Entonces, quiero pintar. Quiero estar rodeado de niños. Y quiero una mujer que sea feliz con su vida.

–¿Se acabaron las chicas atormentadas?

–Sí, se acabaron.

–A mí me siguen gustando –dije.

Me toqué la punta de la nariz, lo único que estaba fuera del saco de dormir, y que por lo mismo empezaba ya a convertirse en un cuerpo extraño. El bigote seguía húmedo; más tarde, por la noche, también estaría congelado. Me apreté la cantimplora de té contra la barriga.

–¿Y qué más? –preguntó Nicola.

–Quiero escribir. Y un montón de montañas alrededor.

–¿No estás ya harto de montañas?

–De momento, sí. Pero yo me conozco, en cuanto bajemos tendré de nuevo ganas de subir.

Permanecimos en silencio. Alcanzaba a oír las voces de los porteadores en la tienda cocina. De qué hablarán, me pregunté. Pensé en Darma, que estaría ahí metido fregando los platos de la cena. Cuando terminaban de trabajar, ellos también recogían y apartaban hornillos y cacharros y se echaban a dormir, pero antes se quedaban un rato fumando y charlando. Con esas voces que no comprendía haciéndome compañía, mi amigo a un palmo de distancia, las pocas cosas que me importaban bien guardadas dentro del saco de dormir, ya sabía cómo iba a ser la nostalgia del Dolpo. Los últimos cinco mil, pensé. Luego me dije que debía dejar de pensar en todo eso, porque de lo contrario no iba a poder dormir.

Por la mañana me calcé y salí de la tienda. Al principio procurábamos cambiarnos y lavarnos: ahora llevaba la misma ropa desde hacía días y, si hubiese podido, también llevaría el calzado

dentro del saco de dormir. Mi higiene personal se limitaba a cepillarme los dientes en el torrente. A las siete Kanjiroba estaba blanca de escarcha, acurrucada al borde del campamento esperando el sol. Las mulas pastaban la hierba agostada por el hielo, el torrente crujía: el hielo de la superficie se adelgazaba y se quebraba, luego caía al agua y era arrastrado por la corriente. Esa agua de deshielo entre los labios me despertó del todo.

Durante el ascenso le pedí a Remigio que me contara lo de la hoguera de hacía tres noches. Me molestaba no haber estado. Él era un buen narrador, y me gustaba escucharlo contar relatos: también en casa solíamos compartir el sendero de ese modo.

–Fue Kanzah, el hermano de Sete, el que hizo el fuego –dijo–. ¿Te acuerdas del frío que hacía ese día?

–Sí que me acuerdo.

–También los porteadores tenían frío. En cuanto vieron la hoguera, todos se reunieron alrededor.

–¿Y tú con ellos?

–Antes fui a buscar leña. La poca que había, ramitas secas, alguna raíz. Pensé: No se va a la hoguera de otro sin llevar un poco de leña.

–Me parece bien, ¿es como se hace en la montaña?

–No lo sé, fue por propia iniciativa.

–¿Podré escribir esa frase?

–Escribe lo que quieras.

–¿Y luego?

–Fue bonito porque alrededor del fuego ya no había diferencias entre nosotros. Duraría en total media hora. Estiraba las manos con ellos y pensaba: ¡Ah, el fuego! Luego vi que el pequeñín tenía las palmas llenas de llagas de la correa con que sujeta el cuévano.

–¿Quién, Darma?

–¿Así se llama? Fui a buscarle unas tiritas y se las puse en las heridas. Estaba contentísimo.

–Por eso fuiste a buscarme.

–Sí, pero estabas muy mal.

Por el sendero pensó en contarme algo más, y poco después añadió:

–¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre la montaña que recuerdo y esta?

–¿Cuál?

–Que ellos sonríen. Recuerdo a mi madre y a mi tía cuando pasaban los primeros turistas. Las recuerdo tan cerradas, no saludaban a nadie. Ellos siempre sonríen.

–¿Crees que son más hospitalarios?

–O más felices. En nuestra tierra había mucha ira, aquí no la he visto. Aunque no sé si he visto bien.

La subida era suave y no soplaba viento, había un sol tibio, de modo que tuve que esforzarme pero no lo pasé mal para llegar al puerto. Arriba, a 5.500 metros, la pared norte del Dhaulagiri surgió ante nosotros: un centenar de kilómetros de glaciares, crestas, contrafuertes, cumbres por encima de los siete mil, hasta la principal, de más de ocho mil. Desde donde estábamos me parecía imposible que alguien hubiese concebido ascenderla.

Al otro lado de esa cadena estaba Nepal en rápida transformación, un pequeño país constreñido entre India y China, que era cada vez más el extrarradio de otros; a este lado, «a espaldas de la historia», escribió Peter, estaba el Dolpo y estábamos nosotros. Las banderas rasgadas mandaban rezos al viento. Hacia donde uno se volviese, no se veían más señales de presencia humana.

Me quedé allí un rato, disfrutando del sol de mediodía. Tumbado allá en la cima, esperaba que el corazón y los pulmones se relajasen cuando oí unas voces femeninas junto a mí. Risas de niñas, ¿hay un sonido más alegre en el mundo? Abrí los ojos: eran tres, habían subido por una cuesta con mucha pendiente, pero charlaban tranquilamente entre ellas y, tras dejar el cuévano, se colocaron bien el pelo y la falda como después de una breve carrera. Me miraban, se veía que les hacía gracia. Mi bandera pacifista causaba hilaridad desde que la había puesto en la mochila. Una de ellas me habló señalándome los labios pero no entendí qué me pedía –¿una palabra?, ¿un brillo de labios?, ¿un beso?–, tenía hambre, pensé, y le di encantado mi comida: un huevo duro, un chapati, un trocito de queso de yak. Aunque débil, estaba inapetente a causa de la altitud y ya harto de huevos. Ella aceptó mi regalo sorpresa y lo compartió con sus amigas. Gracias, me dijo con un gesto. No, gracias a vosotras, respondí.

Compartíamos ese último tramo de sendero con unos carpinteros de Charka, dos hombres y una mujer cargados de herramientas que de noche acampaban a poca distancia de nuestro campamento. Nosotros dormíamos en una tienda, ellos en los refugios de piedra de los pastores; nosotros en sacos de dormir preparados para estar a veinte grados bajo cero, ellos envueltos en mantas de lana. En los tres días que tardamos en bajar del altiplano atravesamos una cresta que a mí me pareció solamente otro pliegue de la montaña, pero que para ellos debía tener un significado especial: se detuvieron al lado de un cúmulo de piedras de oración, dejaron en el suelo los cuévanos y prendieron una pequeña hoguera de enebro. La leña estaba verde y hacía más humo que llamas, ese humo aromático que, entonces ya lo sabía, siempre me recordaría el Dolpo. Los carpinteros se pararon allí, en medio del humo, lo avivaron con gestos de la mano, lo respiraron recitando el mantra. *Om Mani Padme Hum!* ¡Om, gema en el loto, oh! El humo parecía constituir alguna clase de umbral. Por fin lo cruzaron, el enebro siguió ardiendo y entonces pasamos también nosotros. «So, so, so», murmuró Sete. «So, so, rock'n'roll», fue la variante de nuestro cocinero, un anuncio de la fiesta que haría en la ciudad.

Muchos de nosotros usábamos el teléfono para tomar fotos y lo recargábamos con pequeños paneles solares, pero ya nos habíamos olvidado de cuál era su función original. Al altiplano no llegaba ninguna señal, pero sí a la hondonada hacia la que estábamos bajando, y solo tuvimos que sobrepasar otra cresta para que las mochilas de mis compañeros empezaran a sonar. Nos miramos mientras ellos recibían los mensajes acumulados en un mes de silencio. Mensajes, correos, notificaciones, llamadas perdidas. Bienvenidos de vuelta al desierto de la realidad, pensé. Nos reincorporábamos a la red, al mundo, al tiempo, y sentía que ese mundo sin tiempo, el té del monje en el eremitorio que daba al abismo, el *Leopardo* ajado y subrayado que llevaba en mi mochila, empezaban a perder sentido. ¿Quién ha visto el monte Kailash desde la cumbre inviolada de la Montaña de Cristal? Ahora mi koan era solo una frase de una camiseta buena para los tenderetes de Katmandú.

«La claridad de la vida en Shey disminuye rápidamente», anotaba Peter en el camino de regreso. Pero poco después reconocía la necesidad de la pérdida: «Incluso la transparencia puede ser un obstáculo si nos aferramos a ella. No hay que quedarse en la Montaña de Cristal».

El último umbral fue un árbol, un cedro del Himalaya polvoriento y rugoso. No había vuelto a ver ninguno desde el lago Phoksundo y me chocó tanto que paré para dibujarlo. Mientras lo reproducía vi que por encima del cedro, detrás del Dhaulagiri, había nubes. ¡Nubes! Las nubes y el árbol estaban relacionados. Me volví hacia la pendiente que tenía detrás, un desnivel de más de mil metros que llegaba al altiplano. Ya había reparado en las terrazas de hierba en las que pastaban cabras azules. Las cabras azules eran las centinelas del Dolpo, el cedro y la nube su último umbral. Y arriba, en algún sitio, estaba el leopardo de las nieves, recordándome que no todo lo que existe puede verse con los ojos, que no todo es comprensible, que no todo puedes aprovecharlo y llevártelo. «Y en este no-ver soy feliz», escribió Peter. Dejaba atrás cosas sin ver ni tocar, pero había llegado tan cerca de ellas que sentía su presencia. Eso es lo que se experimenta bajando de la montaña. Entonces cerré el cuaderno y pasé por debajo de las ramas del cedro, hacia la hondonada.



EL ÁRBOL DONDE TERMINA EL DOLPO

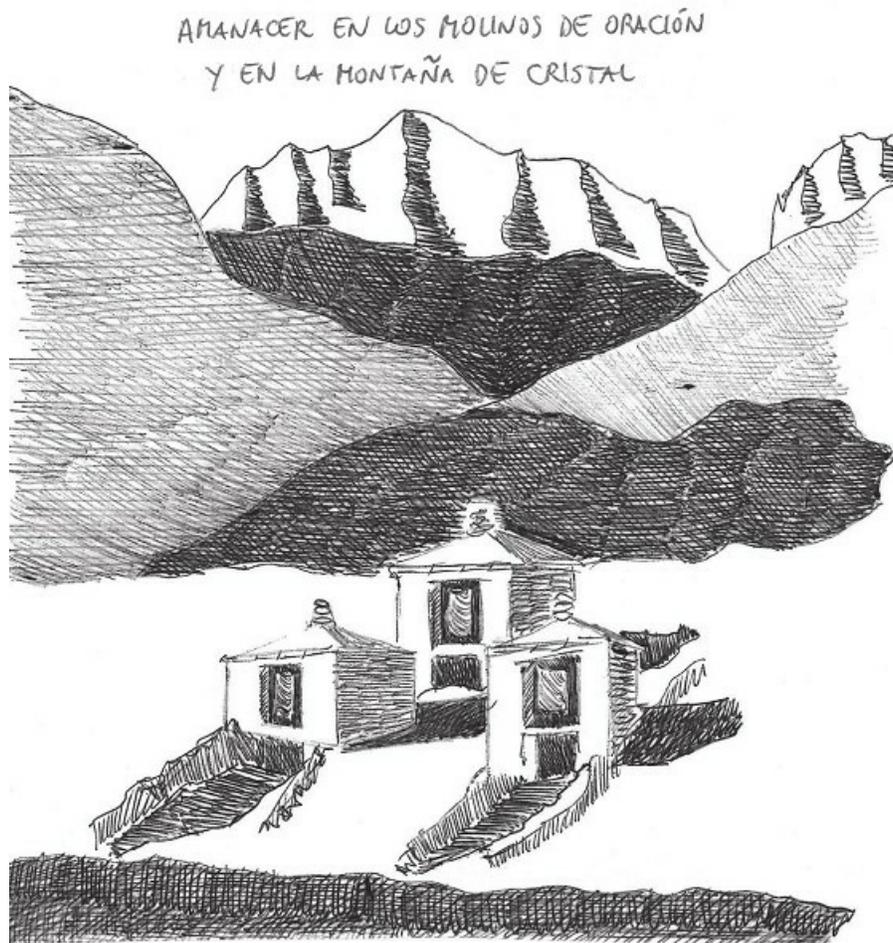
Kanjiroba desapareció en Kagbeni, el pueblo en la entrada del Mustang al que llegamos a principios de noviembre. Al Mustang va mucha gente pero la temporada del trekking estaba terminando y casi todos los hotelitos de la ciudad estaban vacíos, desde los hoteluchos improvisados hasta los simpáticos hostales de madera, todos con el aspecto un poco hippie del Nepal de otras épocas, como aquel en que decidimos pasar nuestra primera noche en una cama.

Bajo la ducha rompí a reír de pura dicha: reía, reía, reía por el agua caliente que me empapaba y por el cuerpo que recuperaba sensibilidad, y seguía siendo capaz de experimentar placer. Ahora que estábamos de nuevo por debajo de los tres mil metros tenía hambre y sed, y esa noche iba a interrumpir mi dieta vegetariana por un filete de yak de dos dedos de grosor, patatas de montaña asadas, una botella de vino tinto australiano, un sueño por fin profundo y de muchas horas.

Pero antes de cenar salí a dar una vuelta y me di cuenta de que Kanjiroba no estaba: no estaba tumbada en la entrada de la pensión, no salió de un patio o de un callejón como hacía siempre en las aldeas. Kagbeni no es una ciudad, es un puñado de casas desordenadas entre las que pasan motos, rebaños de ovejas, perros vagabundos, todoterrenos por las pistas fangosas, los porteadores y las mulas de las caravanas. Compré una cerveza en un mercadillo y me fui con ella al puente sobre el río: enfrente del puente estaba el sendero por el que habíamos bajado; al otro lado, el pueblo incoherente; debajo del puente, el río que venía del Mustang, el gran Kali Gandaki. Más al sur pasaba entre el Dhaulagiri y el Annapurna como entre dos inmensos pilares, y en Kagbeni debían de haberle atribuido un carácter sagrado, pues justo al lado del puente vi una pira. Un cadáver ardía desde hacía tiempo, y los encargados de la ceremonia esparcían las cenizas hacia el río. En Nepal, en las cremaciones no hay mujeres llorando, no hay cortejos de hombres

vestidos de negro, no hay muestras de luto o de dolor; la vida sigue, eso es todo, ahí están las motos, los tenderetes, las discusiones de la gente, hasta el punto de que yo mismo, con mi cerveza, no desentonaba en el puente. Las cenizas del cadáver caían al Kali Gandaki y bajaban con la corriente, eran materia que regresaba en círculo, que era devuelta al agua, a la tierra, al aire a través del fuego. Antes de cincuenta días el soplo vital que había vivido en ese cuerpo reaparecería en otra forma, a lo mejor en la de un niño, un pájaro, un cachorro de perro.

Me fijé uno por uno en todos los perros vagabundos que pasaban por las calles, en media hora recorrí todo el pueblo sin encontrar a Kanjiroba. No estaba con nuestros porteadores acampados en un patio, ni entre las jaurías de perros negros que hurgaban en la basura, ni con un macho en un callejón. Peter, dije, ¿dónde estás, has regresado ya? ¿Has vuelto al sendero del Shey, ya estás corriendo hacia casa? Cuarenta años, pensé. Mis amigos me esperaban y me dije que dentro de poco mi vida también se reanudaría. Luego rehíce el camino hasta el puente y acabé de contemplar cómo ardía aquel cuerpo sin vida.



Fontane, 2018

Gracias a Adriano y Fausta, enamorados de Nepal. A Luca, Pierluigi, Beatrice, Patrizio, compañeros de viaje. A Stefano y Remigio, para que nuestra amistad nos lleve siempre un poco más lejos. A Sete, Lakba, Kanzah, Suren, Sangeh, Subash, Kailas, Darma: ha sido un honor compartir el sendero con vosotros.

Mi apoyo a Sanonani y CasaNepal, a los niños y a las mujeres de Katmandú.

Este libro es para Nic Due Borracce [Nic Dos Cantimploras], por los dibujos que vendrán, y a la memoria de nuestro maestro Tiziano, que nos ha guiado hasta el Himalaya.

Tashi delek

El nuevo libro del autor de *Las ocho montañas*. Una reflexión sobre la naturaleza y la soledad en una travesía por las montañas del Nepal.



¿Qué sentido tiene subir a las montañas sin llegar nunca a su cumbre? Siguiendo la tradición de la gran literatura sobre naturaleza y viajes, el autor de *Las ocho montañas* narra su travesía por tierras nepalíes sin pretender alcanzar ninguna meta. El viaje deviene un acto pacífico, una nueva forma de caminar construyendo una relación con el paisaje que le rodea.

El Himalaya es una cadena montañosa viva, habitada por el ser humano pero intacta de las garras de la civilización moderna, una tierra perdida en el tiempo y donde las condiciones de vida son extremadamente duras. Cognetti se enfrenta a este mundo atávico al lado de buenos compañeros de viaje: un ejemplar de *El leopardo de las nieves* de Peter Matthiessen, sus dos mejores amigos y una expedición de guías, porteadores y mulas cargadas con un campamento que montar y desmontar cada mañana y en el que pasar las noches interminables.

En este cuaderno de viaje ilustrado por el propio autor asistimos al relato cálido y evocador sobre el sentido del tiempo, las limitaciones físicas, la soledad y el fortalecimiento de la amistad. Mientras observa en silencio, cuerpo y espíritu se entretienen con el paisaje en su anhelo por indagar en el alma del lugar y en la suya propia.

La crítica ha dicho...

«Cognetti ha hecho un viaje hacia la acerba poesía de la naturaleza.»

La Repubblica

«Paolo Cognetti retoma el paso físico y literario "lento, constante, clásico" con el que nos había dejado.»

Corriere della Sera

Sobre su anterior novela, *Las ochos montañas* se ha dicho...

«Directo, sencillo, puro como el aire que se respira a cuatro mil metros de altura.»

Arturo García Ramos, *ABC*

«Un honesto viaje a lo esencial de la naturaleza.»

Enrique de Hériz, *El periódico*

«El silencio de la naturaleza contra la fealdad del mundo.»

Juan Carlos Galindo, *El País*

«Una obra maestra. No sorprende que se le mencione junto a Ernest Hemingway, Jack London y Mark Twain.»

Die Zeit

«Todo parece fácil, con esa manera tan humilde que tiene de enfrentarse a las grandes cuestiones con términos aparentemente sencillos, pero que se vuelven desconcertantes por su claridad.»

Le Monde

«Con el aliento de un clásico, un meteorito de otro tiempo.»

La Repubblica

Paolo Cognetti (Milán, 1978) ha trabajado como documentalista, y ha sido durante mucho tiempo un enamorado de Norteamérica, especialmente de Nueva York; allí pasó temporadas antes de irse a vivir, a los treinta años, a un pueblo de los Alpes italianos. Ahora reside entre su ciudad natal y la montaña, desde donde escribe.

Ha publicado libros de cuentos y ensayos sobre escritura. En lengua española se ha traducido su diario de la vida montañesa *El muchacho silvestre*, la guía *Nueva York es una ventana sin cortinas* y la novela *Las ocho montañas*. Esta ha sido publicada en treinta y nueve países con gran éxito por parte de la crítica y los lectores y ha sido galardonada con el Premio Strega, el Prix Medicis Étranger y el English Pen translate Award.

Título original: *Senza mai arrivare in cima*

Primera edición: junio de 2019

© 2018, Paolo Cognetti

Publicado por primera vez en Italia por Giulio Einaudi Editore, Turín, 2018 Publicado por acuerdo con Te Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com,

trabajando conjuntamente con MalaTesta Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2019, César Palma Hunt, por la traducción

Las ilustraciones y sus leyendas son del autor

Citas de *El leopardo de las nieves*, de Peter Matthiessen, extraídas de la traducción de José Luis López Muñoz (Siruela, 2015)

La cita del inicio del libro pertenece a Tiziano Terzani, *Un'idea di destino. Diari di una vita straordinaria*, Longanesi, Milán, 2014

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Nicola Magrin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3612-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Sin llegar nunca a la cumbre

1. Por el río
2. Bajo la montaña sagrada
3. Por un valle de frontera
4. En el desierto

Fontane, 2018

Sobre este libro

Sobre Paolo Cognetti

Créditos